

«LA MUJER Y EL DRAGÓN»

REINO DE DIOS Y ÚLTIMA REVOLUCIÓN¹

Vamos a examinar tres temas que suelen presentarse por separado. Formalmente son distintos y merecen cada uno su tratamiento adecuado. Sin embargo, los vamos a presentar conjuntamente porque nuestra pretensión no es ahondar en ellos, sino relacionarlos entre sí, con objeto de contrastarlos con la fe en la presencia y llegada del Reino de Dios en Jesucristo. El cientifismo que nosotros presentamos como “tranhumanismo” es hoy un asunto a investigar cuidadosamente; sobre él se pueden decir bastantes más cosas que las que nosotros vamos a ofrecer. Su génesis, desarrollo y líneas de actualidad desbordan nuestra pequeña presentación; habría que examinar el conjunto de propuestas legales que en España y fuera de ella están influidas por esta corriente. Lo mismo ocurre con la llamada “ideología de género”: vamos a ignorar la presencia de esta ideología en el interior de la teología feminista; también, su influjo legislativo y social en nuestro país. Y, finalmente, el estado laico (laicismo) y su derecho *iuspositivista* apenas vamos a esbozarlo; cada apartado merecería un desarrollo mucho más elaborado.

Como hemos advertido, nuestro objetivo es describir en sus líneas esenciales estos tres fenómenos para mostrar que son dimensiones de la misma ideología, del mismo proyecto revolucionario; y así poder valorar esta corriente cultural con el criterio de la fe cristiana, con relación al Reino de Dios.

Tres rostros del mismo fenómeno: esa es nuestra tesis². Dentro del cientifismo o transhumanismo habitan, como en su nicho natural, tanto la ideología de género como el laicismo; ambos aplican a dimensiones esenciales de la vida (intimidad y política) el primado de la ciencia sobre el sentido humanista y los grandes valores morales, al menos como antes se entendieron. La ideología de género ha podido ver la luz cuando la ciencia (la tecnología en realidad) ha hecho posible la separación entre sexualidad y

¹ Texto de la Lección inaugural del curso 2008-2009 en el Centro Teológico del Seminario Diocesano de Ciudad Real, afiliado a la P.U. de Comillas (Madrid) y en el Instituto Teológico Beato Narciso Esténaga, dependiente del Centro Superior “San Agustín” (P.U. de Comillas). Impartida el 10 de octubre de 2008, fiesta de Santo Tomás de Villanueva

² Que existe esa relación no lo duda nadie; bajo distintos epígrafes (relativismo, subjetivismo, etc.) se está continuamente haciendo referencia a un fenómeno unitario. Nuestro propósito es hacerlo ver, evidenciarlo. La visión que proponemos también puede mostrar la hondura real de cada dimensión aludida. Uno se da cuenta del calado del cientifismo transhumanista cuando dentro de su rechazo de la corporeidad biológica se descubre el género como superación del sexo, o cuando palpa que el laicismo no es la búsqueda de la neutralidad estatal sino la superestructura jurídica de un cientifismo y de una ideología de género elevados a novísima religión con aspiraciones mundiales. O sea, ese “mero relacionar” es algo más que describir uno de estos fenómenos detrás de otro.

procreación, y cuando esta misma tecnología promete liberar a la mujer de la maternidad, y a hombres y mujeres de la estrechez de una orientación sexual masculina y femenina; para poner en práctica su programa es preciso que las leyes públicas estén abiertas a todas las posibilidades que ofrece la ciencia sin más limitación que la formalidad jurídica. Finalmente, el estado laico no es el estado neutral sino el estado militante contra las limitaciones basadas en valores ajenos al libre consenso; es el aparato jurídico, la superestructura que cubre y protege un transhumanismo disparado y una ideología de género antinatural. Vistos así, en su profunda unidad y coherencia, debemos tomar conciencia de lo que suponen para la confesión cristiana en el Reino que adviene con Jesucristo. Reino de Dios que, también es reino de los hombres como respuesta y colaboración, pero que sería contrario a un reino del hombre al margen de la presencia activa de Dios. Esta posible oposición entre el Reino de Dios y el Reino del Hombre así concebido, es el horizonte con que se nos presenta el siglo XXI.

La elección del tema, así como bastantes de las ideas expuestas, tienen su origen en algunas páginas, sobre todo las finales, de un libro recién editado, *Meditación sobre la Eucaristía. Presencia, Sacrificio, Comunión* (Lorenzo Trujillo Díaz y Francisco José López Sáez). Insistimos que no se trata de hacer un análisis pormenorizado, sino un ejercicio de relación y de contraste. El nivel de exposición pretende ser serio, fundado intelectualmente, pero no para especialistas. Las notas ofrecen pistas y sugerencias para investigaciones ulteriores.

I. LOS ANTECEDENTES DE LA REVOLUCIÓN FINAL

① *La espera del Reino de Dios continúa viva en la Eucaristía, sacramento de la venida del Resucitado.*

La Eucaristía es el sacramento de la presencia, ausencia, llegada y espera del Reino de Dios, o sea, de nuestro Señor Jesucristo. La aclamación eucarística —*Maranatha*— es el grito de la Esposa (Ap 22, 17) que, al tiempo que reconoce la venida actual de su Señor (*Maran-atha, El Señor ha venido*), le pide que venga definitivamente (*Marana-tha, Ven, Señor*). El término “epiousios” (cotidiano) sabemos que, además de ese posible significado (muy esencial, imprescindible), podría traducirse como “pan de mañana”, “pan del futuro”³. Sería también una huella de esa tensión escatológica que vive la comunidad cristiana y que se expresa y realiza muy especialmente en la Eucaristía. Si abrimos cualquier manual de Escatología, encontraremos información detallada sobre el debate acerca de la conciencia que Jesús tuvo sobre la proximidad o lejanía del Reino (incoado, realizado, anunciado, inmediato,

³ Ioannis Zizioulas, *Eucaristia e Regno di Dio*, Qiqajon, Comunità di Bose, Magnano (BI) 1996, p. 18.

lejano...). Se echa de menos a veces el estudio de la posible eclosión en cualquier momento, en la actualidad por supuesto; se tiene la impresión de que el Reino de Dios es un asunto literario para investigar académicamente más que un acontecimiento esperado y deseado. Si nos atenemos a la sensibilidad de los cristianos, habría que dar parte de razón a Loisy: "Esperábamos al Reino y vino la Iglesia". Mas, ¿qué es la Iglesia sino el Reino en formación? Germen, instrumento, anuncio: sacramento en definitiva⁴. Nos podemos preguntar si la Iglesia se percibe y se vive como la espera activa y apasionada del Reino presente y venidero. Esa Iglesia se realiza permanentemente en la Eucaristía, pan de mañana anticipado, venida del Señor en el misterio. En ella Dios nos dice que él alimenta nuestra peregrinación y nuestra espera hasta la llegada de la Hora. La Eucaristía es la renovación de la Creación, y su adoración es adoración del Creador. El mundo es de Dios y ello aparece con claridad en un pequeño pedazo de pan que es el Pan. Cuando en aquel periodo entre el siglo IX y el XI la Iglesia hubo de afirmar su fe en la presencia real del Resucitado que viene, algo se estaba anunciando, aunque entonces no fuera fácil comprenderlo: la Eucaristía reducida a símbolo humano y el *Regnum Christi* rebajado al orden feudal; el Reino como símbolo trascendente del mundo a construir por el hombre⁵. Aquel momento se cerró afirmando la fe en la presencia real, verdadera y sustancial y, de momento, las consecuencias negativas sobre la espera del Reino no se explicaron. Lentísimamente se ha producido un cambio del que quizá llega el momento de tomar plena conciencia: del Reino de Dios con el hombre al reino del hombre sin Dios. Veámoslo, aunque sea saltando muchos e importantes escalones.

② *La Baja Edad Media inicia un giro, dentro de la misma cristiandad, no evidente ni dominante por entonces, pero llamado a crecer en extensión e intensidad durante los siglos posteriores.*

El siglo XIV marca sin duda un cambio en la sensibilidad cristiana, cambio que irá saliendo a la luz en etapas posteriores⁶: el sentimiento de "abandono" por parte de Dios (la peste de 1348, el terror ante un Dios escondido y amenazador) y la "imposibilidad" de la reforma de la Iglesia, carcomen la confianza del cristiano en Cristo Salvador. La necesidad de una "reforma de la cabeza y de los miembros"

⁴ Concilio Vaticano II, Constitución dogmática sobre la Iglesia *Lumen Gentium*, 1.

⁵ El fondo cultural del simbolismo carolingio (Libros Carolinos) y su influjo posterior en la cultura (teología incluida) occidental, puede verse en L. Trujillo y F. J. López, *Meditación sobre la Eucaristía*, op. cit., p. 32 ss.

⁶ Cf. H. Jedin, *Manual de Historia de la Iglesia*, IV, Barcelona 1973, pp. 483-631; J. Sánchez Herrero, *Unas reflexiones sobre la historia de la Iglesia de los siglos V al XV*, en *Iglesia de la Historia, Iglesia de la fe. Homenaje a Juan María Laboa Gallego*, Madrid 2005, pp. 41-66. Este autor corrige la visión decadente de J. Huizinga (*El otoño de la Edad Media*, Madrid ³1981), pero nosotros no insistimos tanto en la decadencia (crepúsculo) cuanto en la aparición significativa de contradicciones y fracturas.

(*reformatio in capite et in membris*) había sido notada por grandes hombres de Iglesia, así como, también, aprovechada por espíritus destructivos. Los intereses de unos, los miedos de otros, los extremismos de algunos y el pecado de todos, impidieron esta reforma. La frustración fue creciendo porque los concilios del siglo XV, aunque bastante ocupados en tentativas de reforma, no tuvieron éxito en cumplirlas extensiva o permanentemente. Nace el “humanismo” como vuelta a la cultura greco-romana, y la nueva conciencia se refleja en un nombre que servirá para designar a la nueva era: *renacimiento*⁷. La barbarie, se dice, ha estropeado el legado clásico y es preciso volver a él para superar la oscuridad medieval (Petrarca). Volviendo al siglo XIV, en el que ponemos ese cambio de sensibilidad, evidente ya en el Renacimiento, el problema no es de decadencia sino de fractura de la sociedad cristiana: papado e imperio, carisma e institución, ciencia y fe, eclesiástico y secular; las dimensiones se separan y confrontan. El Regnum Christi, apenas mil años después de su triunfo (Nicea 325), se desgarrá interiormente (1323-24: *Cum inter nonnullos, Defensor Pacis*). El Renacimiento ahondará la fractura y la Modernidad abrirá una tensión esquizofrénica.

③ *Con la ayuda de la ciencia emergente, una escatología intramundana se superpone primero, y sustituye después, a la esperanza cristiana en el Reino de Dios.*

⁷ El renacimiento retornará al canon clásico de la perfección en el arte, en el derecho y en la política. Pero ese retorno es sólo aparente, porque el contenido íntimo del hombre renacentista es todavía profundamente cristiano. Esta escisión entre la perfección de las formas naturales, erigido en nueva ciencia, y el *pathos* cristiano, es una de las raíces de la profunda dicotomía del hombre moderno, en busca, por una parte, de una naturaleza pura sin gracia alguna, una naturaleza dominada por el hombre y por la ley de su razón, y, por otra parte, un sentimiento de trascendencia que buscará vías sustitutivas, a veces violentas, para expresarse. Así se explica, en el hombre moderno, la compañía de ciencia y revolución violenta. Dice Nicolai Berdiaev: «¿En qué consiste esencialmente la conversión a la naturaleza y a la antigüedad [en el Renacimiento]? En la búsqueda de formas perfectas en todos los sectores de la creatividad humana. (...) En la cultura helénica, es esencial el predominio de la forma, la cual alcanza la perfección inmanente. (...) [El resultado] fue una deformación de las formas perfectas por parte de un espíritu nuevo, que ha pasado por la experiencia de la historia medieval y es diferente del espíritu antiguo. (...) En el Renacimiento tuvo lugar un choque borrascoso y apasionado entre el contenido espiritual nuevo de la vida cristiana, madurado a través del medioevo, entre el alma humana enferma de nostalgia por un mundo diferente, trascendente, incapaz ya de contentarse con este mundo terreno, por una parte, y las formas antiguas que eternamente renacen y se renuevan, por otra. Se trata de un alma sedienta de redención y de comunión con el misterio de la redención, cosa desconocida en la antigüedad, de un alma envenenada por la conciencia cristiana del pecado y por la dicotomía cristiana entre los dos mundos, incapaz de contentarse con las formas de la vida natural y cultural del mundo antiguo. Este desdoblamiento de la conciencia, heredado de la experiencia medieval, con todas sus divisiones entre Dios y el demonio, el cielo y la tierra, el espíritu y la carne, dejó su impronta sobre el Renacimiento; en él, la conciencia cristiana trascendente, que hace saltar todos los límites, se une a la conciencia inmanente del naturalismo antiguo», Nicolai Berdiaev, *El sentido de la historia*, Ed. Encuentro, Madrid 1979, pp. 121-123.

El Renacimiento, a la vez que vuelve los ojos a la cultura clásica, dirige su admiración a la ciencia positiva y a la técnica que puede traer consigo: Francisco Bacón⁸, Leonardo... La imposible reforma de la Iglesia va cediendo paso a la utopía del reino del hombre a la medida del hombre. Augusto Comte lo verbaliza unos siglos después, y lo convierte en visión de la historia de la humanidad: edad de la religión, edad de la metafísica, edad de la ciencia. Para ello utiliza el esquema ternario que introdujo Joaquín de Fiore y que su “posteridad espiritual” ha llenado de diversos contenidos⁹. El Reino ya no adviene en la Eucaristía: se construye en la “calle” (política) mediante la ciencia y la técnica que arrinconan el dolor y la muerte. Una escatología intramundana, cada vez más enfrentada a su raíz, fuente y origen (el Reino de Dios), se abre paso lenta pero inexorablemente. Esta escatología intramundana es la base del fenómeno revolucionario y el origen de las revoluciones burguesas de occidente.

④ *Tras el aburguesamiento de las revoluciones burguesas (Lutero; Revolución Francesa; Marx), sale a la luz la verdadera y definitiva revolución que anidaba en ellas.*

El Reino del Hombre está ahora en la etapa de “juan-el-bautista” a la espera inmediata del “mesías”. El salto o ruptura abierta se produjo en la segunda mitad del XIX y primera del XX. Darwin podría ser el verdadero iniciador junto con Nietzsche; ambos abren el camino: uno, mediante la ciencia enfrentada a

⁸ «Hemos de fijarnos en los elementos fundamentales de la época moderna. Estos se ven con particular claridad en Francis Bacon. Es indiscutible que –gracias al descubrimiento de América y a las nuevas conquistas de la técnica que han permitido este desarrollo– ha surgido una nueva época. Pero, ¿sobre qué se basa este cambio epocal? Se basa en la nueva correlación entre experimento y método, que hace al hombre capaz de lograr una interpretación de la naturaleza conforme a sus leyes y conseguir así, finalmente, “la victoria del arte sobre la naturaleza” (*victoria cursus artis super naturam*). La novedad – según la visión de Bacon– consiste en una nueva correlación entre ciencia y praxis. De esto se hace después una aplicación en clave teológica: esta nueva correlación entre ciencia y praxis significaría que se restablecería el dominio sobre la creación, que Dios había dado al hombre y que se perdió por el pecado original. Quien lee estas afirmaciones, y reflexiona con atención, reconoce en ellas un paso desconcertante: hasta aquel momento la recuperación de lo que el hombre había perdido al ser expulsado del paraíso terrenal se esperaba de la fe en Jesucristo, y en esto se veía la “redención”. Ahora, esta “redención”, el restablecimiento del “paraíso” perdido, ya no se espera de la fe, sino de la correlación apenas descubierta entre ciencia y praxis. Con esto no es que se niegue la fe; pero queda desplazada a otro nivel –el de las realidades exclusivamente privadas y ultramundanas– al mismo tiempo que resulta en cierto modo irrelevante para el mundo», Benedicto XVI, Carta encíclica *Spe salvi*, 16-17.

⁹ «Desde el siglo XIII se ha ido metamorfoseando constantemente; y no solamente en el interior o al margen de las Iglesias, sino incluso en el pensamiento laicista de los tiempos modernos. Más exactamente, la idea joaquinista no ha dejado de obrar como un fermento. En la variedad de formas que ha adoptado, sabias o populares, ha constituido uno de los hitos principales en el camino que conducía a la secularización, es decir, a la desnaturalización de la fe, del pensamiento y de la acción cristianas. Ha servido también de suplemento o de sustitutivo «místico» a diversos procesos de racionalización que no podían por sí mismos despertar el entusiasmo necesario para su realización», H. De Lubac, *La posteridad espiritual de Joaquín de Fiore*, t. I, Madrid 1989, p. 15.

la literalidad de la Escritura; otro mediante el lenguaje paradójico que destruye las antiguas seguridades y abre la ventana a un hombre prometeico. Desde entonces y de modo muy diverso se va abriendo un camino que apunta a la culminación de todas las revoluciones anteriores, o mejor, a la verdadera revolución de la cual las anteriores solo serían esbozos, conatos, ensayos. En efecto, la revolución, tomada en sentido estricto, es el intento de empezar la historia destruyendo lo anterior como inauténtico, corrupto, indigno de existir. Lo esencial de la revolución no es la violencia sino la negación de la historia anterior. El revolucionario no es un reformista que ama y valora lo existente y desea perfeccionarlo; ha pronunciado un “no” tajante, se ha erigido en juez de la realidad; su sentido de justicia es absoluto. El verdadero revolucionario pretende ser un creador, el creador de una nueva humanidad. La revolución es, de por sí, prometeica, puesto que, se quiera o no se quiera, se sepa o se ignore, es una rebeldía contra el responsable último de la realidad, contra Dios. Aunque a primera vista pudiera parecer una contradicción con lo anterior, las revoluciones han sido hijas de la burguesía cristiana¹⁰, de aquellos que, liberados por la fe, han utilizado su libertad para rechazar la fuente de la misma. Luego, cada revolución engendró dentro de sí una contrarrevolución que ponía límites a sus excesos y radicalismos; esta contrarrevolución interna, unida coyunturalmente con las fuerzas reaccionarias no del todo destruidas, logra una congelación aparente; pero esto era ganar tiempo y nada más; una vez abierto el espíritu revolucionario, mientras no se dé la conversión radical, los brotes emergerán hacia lo que quedó por destruir y recrear; los revolucionarios de ayer serán mañana tildados de conservadores¹¹. Si el cristianismo, fe en la revelación definitiva de la misericordia divina, no cambia radicalmente la situación del mundo ante el mal, es lógico que la imagen de Dios caiga definitivamente; el verdadero y auténtico ateísmo es un fenómeno postcristiano; Dios ha sido tomado tan en serio que, o termina con el sufrimiento o el sufrimiento termina con él. Sólo si la cruz forma parte de esa intervención, y no de modo anecdótico o pasajero, es posible la esperanza y, por tanto, la fe y la caridad. La revolución es un fenómeno posible en el interior de la “paz cristiana”, de ese “paraíso” occidental donde

INSTITUTO DIOCESANO DE TEOLOGÍA
Beato Narciso Estenaga

¹⁰ El protagonismo de la burguesía es mostrado, para una época más limitada, por E. J. Hobsbawm, *Las revoluciones burguesas*, Barcelona 1980.

¹¹ La Reforma fue el comienzo de las revoluciones burguesas; un intento de volver al inicio saltando dieciséis siglos de vida eclesial fecunda aunque llena de ambigüedades; sin embargo, los reformadores impiden la revolución integral que Tomás Müntzer y sus apocalípticos seguidores intentan; el rechazo de los anabaptistas frustra la revolución total. A partir de 1525 en que Lutero publica “*Contra las hordas rapaces y asesinas*”, el protestantismo pierde su cariz revolucionario. Esta frustración emerge con mayor violencia en la Revolución Francesa, que también pretende la totalidad del cambio (jacobinos); la necesaria moderación de los mismos revolucionarios (Napoleón) deja fuera del programa el tema de la igualdad económica... hasta el conato siguiente, la Revolución Marxista. Y esta impide el maximalismo de los anarquistas (Bakunin) afirmando la necesidad del Estado (¡y totalitario!) para llegar a la finalidad querida por unos y otros, el paraíso comunista. Las revoluciones burguesas, incluida la marxista, generan una burguesía más “burguesa” que la medieval. Se ha dicho que en el 68 Dionisios-Narciso ha destronado a Prometeo, Bakunin a Marx; en realidad han sido los hijos y esposas de los burgueses quienes han dinamitado el orden burocrático creado por ellos, revolucionarios enriquecidos y desengañados.

la dignidad recuperada empuja al hombre a una nueva tentación tan vieja como el mismo hombre: “seréis como dioses”¹².

II. TRANSHUMANISMO (CIENTIFICISMO)

① Aunque no todos se reconocen bajo el término “transhumanismo”, ni tampoco se utiliza de modo unívoco, esta palabra expresa el núcleo y finalidad de la última revolución, la que dará paso al “mundo feliz”.

Dado que algunos de los grupos que se titulan “transhumanistas” tienen un aire de sectas esotéricas, o de sueños paranoides, muchos científicos rechazan reconocerse bajo esta etiqueta aunque comulgan perfectamente con la filosofía que está tras la palabra¹³. Podríamos utilizar el término *cientificismo* (“tendencia a darle demasiada importancia a las ciencias positivas y al conocimiento que se adquiere a través de ellas y con sus métodos, considerados como los únicos válidos para llegar a la realidad de las

¹² Sería interesante profundizar en el agudo análisis que realiza Dostoevskij en toda su obra, especialmente en la novela *Los demonios*, del proceso espiritual que en el mundo moderno conduce a la revolución en sentido amplio. El autor ruso ofrece elementos para un verdadero “discernimiento espiritual” y pastoral del hombre revolucionario, encarnado por la figura del nihilista que ha perdido la fe en Dios y no puede soportar su propio vacío. Cuando el hombre se deja dominar por la “idea pura”, y pierde el *filum* que lo ata a la realidad, es presa de los demonios de la destrucción y de la dicotomía. Esto se expresa en la novela en el gesto de los revolucionarios de partir en dos los iconos, referencia a la imagen de Dios despreciada y hecha pedazos por el que quiere parecerse al mismo Dios, sin tener, sin embargo, ningún poder para crear algo de la nada. La nada del hombre moderno sólo producirá nada y vacío. Son interesantísimas, a este respecto, las reflexiones de O. Clément: «Cuando el hombre pierde su “lugar ontológico”, que es la gracia, cuando, según la etimología establecida por Pierre Boutang (*nihil = ne hilum*), rompe su “hilo”, este pedúnculo que mantiene unido el grano a la vaina, a la planta, a toda la inmensidad de la vida, entonces este movimiento que le constituye, y que es, en su origen, puro dinamismo hacia Dios, no pudiendo ya animar la profundización de sí mismo y la comunión con los otros, se convierte en un mero desplazamiento en el interior de la inmanencia, dualización, multiplicidad. Es “la agitación febril del yo en una galería de espejos”, como escribe Sergej Bulgakov. Es la *dipsychia*, que los primeros cristianos consideraban con un pecado mayor, el desdoblamiento caricaturesco de la imagen de Dios. Es la razón por la que, hace notar Evdokimov, un Versilov, desdoblado, quiere romper en dos trozos un icono: ha partido en dos el icono cuyo germen lleva en sí mismo, y en el que estaba llamado a convertirse. En el límite, surge el *alter ego* diabólico, el opuesto, en el proceso de descomposición, del *alter ego* crístico que se afirma en el proceso de reintegración», O. Clément, *Prefacio* a P. Evdokimov, *Dostoïevsky et le problème du mal*, DDB, Paris 1978, p. XI. Sobre la visión del hombre en el discernimiento espiritual de Dostoevskij, cf. Nicolay Berdiaev, *El espíritu de Dostoyevski*, Editorial Nuevo Inicio, Granada 2008.

¹³ Para una información global del “transhumanismo”, así como para encontrar una bibliografía adecuada, es útil, por su seriedad, el artículo “transhumanismo” de Wikipedia, la enciclopedia de Internet.

cosas, según el Diccionario de la Real Academia Española”), pero preferimos decir transhumanismo por las resonancias evolucionistas que añade. El término transhumanismo parece que fue introducido por el biólogo Julián Huxley, nieto del célebre biólogo británico Thomas Henry Huxley, compañero y defensor de Darwin¹⁴. Su hermano Aldous Huxley, seguramente horrorizado por los sueños del llamado “darwinismo social”, —creado por un pariente de Darwin, Sir Francis Galton, que inventa el término “eugenesia” y promueve leyes de esterilización— escribe la novela *Un mundo feliz*, donde denuncia con gran agudeza e ironía aquellos sueños inhumanos. Julián Huxley, que por cierto fue el primer director de la UNESCO, en un escrito de 1957, usa esta palabra para decir que “el hombre sigue siendo hombre pero trascendiéndose a sí mismo, al cobrar conciencia de las nuevas posibilidades de y para la naturaleza humana”. Aquí utilizamos el término “transhumanismo” para designar el intento de utilizar los conocimientos científicos y, sobre todo, tecnológicos, no ya para mejorar la calidad de vida del ser humano, sino para dejar atrás su vinculación con la biología, con la naturaleza. Quede clara esta distinción, que no siempre se advierte con franqueza. Como hemos indicado, el sueño transhumano parece que tiene su origen en el darwinismo social. En efecto, una vez que la ciencia ha desenmascarado el mito de la creación y ha conocido los mecanismos que han conducido el proceso evolutivo hasta el ser humano, dicen, ¿qué impide que el hombre asuma su evolución futura con toda libertad y hasta donde su libertad elija? “Si lo desea, la especie humana puede superarse a sí misma, pero no esporádicamente, aquí un individuo, allá otro individuo de modo distinto, sino en su totalidad, como humanidad. Necesitamos un nombre para este nuevo credo. Tal vez sirva “transhumanismo”, esto es, el hombre permaneciendo hombre, pero yendo más allá, superándose a sí mismo al realizar nuevas posibilidades de su naturaleza humana y para su naturaleza humana”¹⁵ En efecto, su objetivo es dejar atrás la “etapa natural” del ser humano para entrar en la construcción del mismo mediante los conocimientos científicos, sin ningún a priori de tipo moral, filosófico o referido a la naturaleza. El hombre será lo que él quiera ser sin otra limitación que los límites de la ciencia¹⁶. No por causalidad

¹⁴ Este defendió el darwinismo en 1860, en el debate de la British Association en el Museo de historia natural de la Universidad de Oxford. Intercambió conocidas ironías con el Obispo de Oxford, Samuel Wilberforce en el curso de esos debates.

¹⁵ Julián Huxley, *Nuevos Odres para el Vino Nuevo*, México-Buenos Aires 1959, p. 18. Nótese el tono religioso del párrafo: desde el título plagiado del Evangelio (“Odres nuevos...”) hasta el nombre de este “nuevo credo”. La frase es ambigua porque aún usa el término “naturaleza humana”, pero el fondo parece apuntar a lo que venimos diciendo. Estamos ante la revolución que siempre tiene pretensión de religión por ser absoluta su propuesta. Nuevo credo, nuevo evangelio.

¹⁶ He aquí la respuesta de Stephen Hawking a una pregunta que le hace el entrevistador (Faro de Vigo, 25 de septiembre de 2008):

“- Dijo que no queda tiempo para esperar que la evolución darwiniana nos haga más inteligentes y que ahora toca la evolución del auto-diseño, para cambiar nuestro ADN. ¿Estamos abocados a un futuro en el que una súper-raza domine al resto?”

- Hay un proyecto para decodificar completamente la secuencia del genoma humano. Costó unos pocos miles de millones de dólares, pero es calderilla para un proyecto de esta importancia. Una vez leído el libro de la

(evolucionismo social), en ciertos directivos del proyecto Atapuerca se manifiesta claramente esta mentalidad: «Esos seres nuevos y los *ciborg* a los que nos hemos referido ya no serán estrictamente humanos. Tampoco lo serán los seres concebidos y gestados en úteros artificiales, fuera del seno materno. La reproducción extrasomática, un hito genuina y estrictamente humano, inaugurará, junto con otras adaptaciones, una nueva era en la biosfera. Llegado el caso, ni ellos aceptarían compartir la misma identidad que nosotros ni, con la perspectiva que tenemos actualmente, nosotros los podríamos clasificar como humanos en sentido estricto. Ni siquiera podríamos incluirlos en la biosfera, que se rige por la selección natural (...) En definitiva, al conseguir una humanización completa se habrá iniciado otra realidad distinta. Ser humano solamente será un peldaño más en la evolución biológica, y en más de un caso tendrá lugar fuera del planeta que nos ha visto nacer...»¹⁷. El camino hacia ese hombre nuevo que se promete pasa por dos senderos pedagógicamente progresivos, aparentemente contradictorios entre sí, pero realmente coincidentes: la insistencia en la “especie humana” como un peldaño más del mundo animal, y el mito de la “máquina inteligente” o “inteligencia artificial” para el desarrollo del *ciborg*. Veamos ambas dimensiones.

② *Elevar al animal a la categoría de humano, y rebajar al hombre a la categoría “especie animal” es un modo de negar la singularidad del hombre y de dejar abierta la puerta a cualquier modificación de su naturaleza.*

La frase “especie humana” es utilizada en documentales e informativos, cada vez más, de un modo poco acorde con la singularidad del humano. Es una especie más, con características propias pero sin que ello signifique un salto cualitativo. La divulgación de la corriente *filosófica* evolucionista así lo ha trabajado. El

vida, se empezarán a introducir correcciones. Estoy seguro de que durante el próximo siglo se descubrirá cómo modificar, tanto la inteligencia, como instintos tales como la agresividad. Surgirán leyes contra la ingeniería genética con humanos, pero algunos no serán capaces de resistir la tentación de mejorar características humanas como el tamaño de la memoria, la resistencia a enfermedades o la duración de la vida. Una vez que aparezcan tales “super-humanos” habrá problemas políticos graves con los humanos no mejorados, que serán incapaces de competir. Presumiblemente morirán o se convertirán en irrelevantes. En su lugar habrá una raza de seres autodiseñados que se mejorarán a sí mismos a ritmos cada vez mayores.”

¹⁷ E. Carbonell y R. Sala, *Aún no somos humanos. Propuestas de humanización para el tercer milenio*. Barcelona 2002. Podría parecer que damos excesiva importancia a un panfleto futurista, pero los autores son destacados científicos de la investigación más subvencionada, exaltada y divulgada en nuestro país, incluso con un premio “Príncipe de Asturias”. La legislación española, en asuntos de investigación biológica parece seguir estas inspiraciones.

animal humano es un organismo al que una evolución no dirigida, sin finalidad ni dirección, ha dotado de inteligencia, pero no ha separado del resto esencialmente; nada de alma o algo parecido; biología y pura biología plana y cerrada¹⁸. Un modo muy pedagógico de inculcar esta mentalidad consiste en elevar el rango de las especies animales hasta dotarlas de cierta humanidad, o incluso de derechos humanos. «El 11 de abril de 2006 se publicaba en el *Boletín Oficial de las Cortes Generales* que, a propuesta del diputado, verde adscrito al grupo parlamentario socialista, Francisco Garrido Peña, el Congreso de los Diputados había admitido a trámite una *proposición no de ley* que instaba al gobierno español para que se adhiriera al *proyecto gran simio*, que pretende ampliar la *comunidad de iguales*, incluyendo en ella a los grandes simios»¹⁹ Una mínima diferencia genética, arguyen, no justifica diferencias cualitativas entre las especies²⁰. La soledad del individuo, el vacío de relaciones familiares, ha conseguido en el rico occidente que en vez de hijos se tengan perros u otros animales como familiares, y se traten y cuiden como tales. El estatuto del “animal doméstico” da paso al “animal familiar”, como un miembro personal de la familia, cuya muerte se llora, se le dan cuidados médicos, vestidos y modas, etc.²¹

③ *El llamado “ciborg” no es el robot androide, sino el hombre modificado por la maquina integrada en él, no para mejorar su salud sino para modificar su relación con la naturaleza, consigo mismo y con los demás...*

La línea de la “máquina inteligente” (“ciborg”, “androide”) muestra el salto del prehomínido natural al hombre creado por el hombre: desde la intervención genética y manipulación de embriones, hasta la incorporación de dispositivos electrónicos y sistemas computacionales integrados en el “cuerpo” sin posible distinción²². Estos dispositivos dejarían de ser objeto de ortopedia, para pasar a considerarse cuerpo en sentido propio; no se trataría de suplir defectos corporales o funcionales, sino de construir el

¹⁸ Es interesante en este punto la aportación de V. G. Pin, *Entre lobos y autómatas. La causa del hombre*, Madrid 2006. Este ensayo, premio Espasa 2006, es un alegato a favor de la singularidad del ser humano, como indica el subtítulo. Desde una argumentación científica, y sin salir de los límites de la biología (excluye cualquier intervención desde fuera de la naturaleza), razona con sensatez para poner en evidencia la vaciedad de las dos sendas que estamos apuntando. Ver el último capítulo, *Entre lobos y autómatas: discusión del soporte teórico* (p 231-306).

¹⁹ L. Prieto López, *El hombre y el animal. Nuevas Fronteras de la Antropología*. Madrid 2008. De interés la información del capítulo II sobre Peter Singer, autor del “Proyecto Gran Simio”, p. 41 s.

²⁰ Cf. G. Pin, *Entre lobos y autómatas, op. cit.*, p. 71 s.

²¹ Cf. *Ibid.*, p. 84 s.

²² Cf. G. Pin, *Entre lobos y autómatas, op. cit.*, p. 30 s.

cuerpo propio según el propio deseo. La tecnología aplicada a los ejércitos no está tan lejos, al menos en intenciones, de esas películas de soldados prefabricados con cualidades que superan con mucho las del ser humano. El camino pedagógico para conducir a las masas consiste en enaltecer primero, y degradar después, el cuerpo humano; mera exterioridad sin interioridad. La cultura de la imagen despoja al hombre de su mundo interior, de su misterio, de su libertad para darse a conocer mediante la palabra. Aunque en la actualidad “alma” sea una palabra desprestigiada por sus sugerencias metafísicas y religiosas, lo cierto es que este término defendió y defiende la singularidad del individuo sobre la especie²³, sobre la misma naturaleza cerrada; nombró el misterio inexpressable de la persona, su trascendencia, y, al tiempo, rompió la circularidad de la historia, el devenir eterno del eterno retorno. El cristianismo asumió la corrección de Aristóteles sobre los rasgos dualistas de Platón, y corrigió la idea atribuida a Aristóteles de un alma única y común a todos los hombres. Luego, el cientifismo la rechazó sin más como una entelequia no observable, y, por tanto, inexistente; y amplios sectores teológicos también la olvidaron so pretexto de una pretendida antropología bíblica que excluía la distinción alma-cuerpo y que suprimía la idea de inmortalidad mediante la fe en la resurrección corporal²⁴. Y se dejó a los cuerpos abandonados a la inmediatez de los estímulos, y a las personas anegadas en el anonimato de la especie: encuestas de opinión, consumidores, tendencias sociales, etc. ¡Des-almados! Se exaltó el encuentro sexual como gloria del cuerpo entregado y humanizado; después el encuentro se rebajó a juego placentero en libertad. Se pasa, finalmente, a odiar el propio cuerpo, a despreciar sus deficiencias y a rechazar sus límites. Desde el vestido feo hasta los “piercings” y tatuajes, pasando por anorexias, bulimias y obesidades mórbidas revelan un malestar y un rechazo social de la corporeidad. El mismo concepto de cuerpo cambia radicalmente: es algo a “deconstruir” para después inventar por cada individuo con ayuda de la ciencia. Y como el cuerpo es todo y todo el hombre es el cuerpo, también entra en la libertad su aparición o desaparición: aborto y eutanasia. Estamos llegando a la gloria de la “especie”: como el lince ibérico o el buitre leonado. El individuo, exaltado hasta el paroxismo, empieza a ser un clon perfectamente prescindible siempre que sobreviva y mejore la especie. Se cumple la contradicción de la revolución como deseo de la justicia absoluta: felicidad incierta de los hombres futuros a costa de la destrucción cierta de los que viven en el presente. Cabe preguntarse, ¿se puede morir por la especie sin abdicar de lo más singular de lo humano?

²³ Echamos de menos en el ensayo de G. Pin la defensa de la singularidad del individuo como esencial para aceptar hasta el fondo la singularidad de la especie humana. Aunque usa en ocasiones el término alma, parece ser un uso metafórico, cosa lógica puesto que excluye por principio una instancia creadora, una intervención “externa” al proceso evolutivo.

²⁴ La exclusión del alma crea un grave problema en escatología; prácticamente obliga a prescindir de la llamada “escatología intermedia”, o sea, de un encuentro pleno con el Señor antes de la resurrección final. Salvo que se entienda que, por ausencia del factor tiempo en la metahistoria, todas las resurrecciones acontecen simultáneamente en el más allá, en el momento mismo de la muerte. Sobre este asunto, vale la pena leer el estudio de J. Ratzinger en *Escatología*, Barcelona 2007, p 87-175. En la misma línea, la Congregación para la Doctrina de la Fe publicó el 17 de mayo de 1979 una “Carta sobre algunas cuestiones referentes a la escatología”, con aprobación papal.

④ *Si el transhumanismo se toma en el sentido aquí expresado (no solo como apoyo en la ciencia para mejorar la calidad de vida), resulta imposible un diálogo entre la Iglesia y esta concepción.*

¿Es compatible el transhumanismo con el cristianismo? Un prestigioso intelectual no creyente, comentando en el *Observatore Romano* la encíclica *Spei salvi* de Benedicto XVI, al tiempo que valoraba la seriedad de la misma y sus desafíos, proponía al pontífice una revisión real de la Iglesia con relación a la modernidad. Traducimos sus palabras: «Ahora bien, el caso es que este entrelazarse entre la ciencia y la técnica —la potencia transformadora de la técnica—, no está sólo avanzando “hacia un dominio cada vez más grande de la naturaleza”, sino que está haciendo algo mucho, muchísimo más grande. Nos está empujando —después de millones de años de historia de la especie— hacia el estremecedor punto de fuga más allá del cual la separación, que hasta ahora nos ha dominado, entre historia de la vida (en el sentido de nuestras bases biológicas) e historia de la inteligencia (humana) no tendrá ya razón de ser. Un punto en el que las bases naturales de nuestra existencia dejarán de ser un presupuesto inmodificable del actuar humano, y se convertirán en un resultado históricamente determinado por nuestra razón, por nuestra ética y por nuestra cultura (...). La superación definitiva y completa de los confines biológicos que nos han sido asignados hasta ahora por nuestro camino evolutivo, ¿puede ser integrada dentro de una forma histórica de esperanza compatible con la fe y con la escatología? (...) Y creo precisamente que el significado de la transición revolucionaria que estamos atravesando, que llama a la Iglesia a asumir enormes responsabilidades, se concentra enteramente en esto: en haber hecho efectivo, directo y determinante ante los ojos de todo aquello que la modernidad había sólo dejado entrever a sus filósofos, esto es, que el infinito, como ausencia de confines materiales para las posibilidades de nuestra actuación, como caída de toda determinación obligada por una barrera externa a nosotros (“omnis determinatio est negatio”) se está introduciendo de un modo estable en el mundo de los hombres, habremos de aprender cada vez más a tenerlo cerca y, si así puedo decirlo, a dominarlo...»²⁵

²⁵ Aldo Schiavone (“Director del Instituto Italiano de Ciencias Humanas”, es uno de los más autorizados estudiosos de derecho romano y de historia y filosofía del derecho. Enseña en la Universidad de Florencia), en *Observatore Romano* 28 de marzo de 2008. Supongo que el profesor Schiavone no estaría de acuerdo en recibir el calificativo de transhumanista por esos resabios de ingenuidad y sectarismo que aún acompañan al término; sin embargo, su proposición expresa con toda precisión lo que aquí hemos definido con esa palabra: «... las bases naturales de nuestra existencia dejarán de ser un presupuesto inmodificable del actuar humano, y se convertirán en un resultado históricamente determinado por nuestra razón, por nuestra ética y por nuestra cultura...». Es lógico que hable de “transición revolucionaria” y que acuda al eslogan del idealismo (“omnis determinatio est negatio”) para decirnos que

⑤ *El dogma de la Creación es el ancla que permite al cristiano defender la condición de criatura como esencial para que el hombre sea hombre y Dios sea Dios.*

El profesor Aldo Schiavone olvida algo fundamental: la Iglesia católica no puede dejar de lado la fe en la Creación sin dejar de ser lo que es. Si entiende por esencia de la modernidad «que el infinito, como ausencia de confines materiales para las posibilidades de nuestra actuación, como caída de toda determinación obligada por una barrera externa a nosotros (“omnis determinatio est negatio”) se está introduciendo de un modo estable en el mundo de los hombres», tendrá que aceptar que un creyente —judío o cristiano— tenga como postura inamovible que la criatura es criatura y que Dios es Dios, que el infinito es infinito y el finito, finito. Aquí está la clave del diálogo. Seguramente el profesor tiene razón al pensar que esta pretensión de ruptura con la naturaleza era algo que «la modernidad había sólo dejado entrever a sus filósofos». Si así fuera y en la medida que lo fuera, se comprende perfectamente la dificultad de diálogo en el pasado; había en las raíces de los nuevos planteamientos algo más que el deseo de progreso. Podrá y deberá establecerse un diálogo en la determinación del límite, en la denuncia de la falsedad de ciertas barreras más propias del miedo a ser que del respeto al Ser; pero esto es cosa muy distinta a lo que proclama el transhumanismo y sus equivalentes. El profesor Schiavone admite que la ciencia nunca podrá liberar o sanar integralmente al hombre, que será necesaria la moral. Mas, ¿qué moral cabe si se admite el principio “omnis determinatio est negatio”? La aceptación, por parte de Hegel, de este principio de Spinoza, muestra, a pesar de las correcciones de aquel, el fondo panteísta de la filosofía en él fundada. Aquí es donde la Iglesia se distancia de **esta** modernidad y de su secuela transhumanista. Si el transhumanismo es la realización técnica de este principio filosófico, ¿cabrá un diálogo sobre él? Por supuesto que en la criatura humana Dios ha plasmado su imagen, que el hombre está llamado a ser hijo de Dios y con-creador, pero, ¿es la ciencia la que le convierte en “hijo de dios” y en creador, o es el amor de Dios que le concede la ciencia y la libertad para no esclavizarse a su lado demoníaco?

⑥ *La divinización de la ciencia impide conocer la realidad como real, y convierte la vida en un juego*

entramos en el infinito «como ausencia de confines materiales para las posibilidades de nuestra actuación, como caída de toda determinación obligada por una barrera externa a nosotros». Es, exactamente, lo que nombramos como “transhumanismo”.

*de consola donde los acontecimientos son virtuales
e irrelevantes.*

Si la ciencia no tiene más límite que la ciencia, si todo lo que es posible mediante el conocimiento científico debe tener carta de libertad, se produce la confusión del “principio”: el árbol del saber se pone en el lugar del Dios que lo crea, el árbol no deja de ver el bosque. Entre las sensaciones creadas por la electrónica y las sensaciones producidas por el choque directo de los sentidos con la vida, se empieza a difuminar la diferencia²⁶. ¿Para qué preguntarse por la naturaleza de algo? “Gato blanco, gato negro, lo importante es que cace ratones”: una frase de Deng Xiaoping que abrió la puerta a la demolición de la economía comunista en China. “*Omnis determinatio est negatio*”: se termina la analogía, desaparecen las distinciones. Hombre o mujer, animal o humano, bueno o malo, padre o madre o hermano, Dios o criatura, ¿para qué distinguir? La vida es un *continuum* de imágenes y sensaciones, sin prólogo ni epílogo, sin sentido ni finalidad²⁷. Una concepción de la ciencia limitada sólo por la ciencia, excluye no sólo la religión o la moral, sino también la filosofía. En efecto, ¿qué sentido tiene distanciarse de las ecuaciones para preguntarse por su moralidad o su sentido? A no ser que sea con otras ecuaciones. La vida es una ecuación y nada más. Sentir la extrañeza metafísica ante la existencia es acercarse peligrosamente a la tristeza. Preguntarse por la muerte es perder un tiempo que se debe emplear en mejorar las condiciones de vida, en vivir; la muerte no existe, puesto que lo único que experimentamos en nosotros es la vida; terminada esta experiencia, se termina toda experiencia. Aquello de que el ser se predica de muchas maneras (Aristóteles) ya puede ser considerado un trabalenguas; el ser no se predica, se realiza, se inventa, se crea; es una proyección de nuestra ciencia. No es extraño que entre nosotros se esté preparando una nueva asignatura; algo así como una filosofía de la ciencia²⁸,

²⁶ G. Pin: muy sugerente la crítica al arte en general, a la música, a la cocina, al ejercicio sexual incluso, concebidos virtualmente (en la red). El título penúltimo de esta reflexión (“*Asténaktos pólis*”: *La Ciudad sin gemidos*) abre una conclusión por contraste: “Vida virtual, muerte real”. Pensamos, efectivamente, que hay una amenaza de pérdida del sentido de lo real (de lo “tridimensional” dice el autor) sobre todo en generaciones que no han tenido una educación inmersa en el acontecimiento real. Ver *op. cit.*, pp. 123-161

²⁷ Me temo que, sometidos a esta “cura de irrealidad”, muchos empiezan a ver no ya objetos definidos y nombrables sino manchas coloreadas con distinta intensidad y acompañadas de olores adecuados, o sea, meros estímulos; como esos seres extraños de películas terroríficas que devoran al explorador “viendo” el calor de un cuerpo vivo... y comestible. La sensación de irrealidad es algo ya presente en nuestra cultura: *Matrix* o *Nivel 13* son películas que certifican la sensación de estar envueltos en realidad virtual. Determinadas conductas criminales realizadas por adolescentes parecen indicar una confusión creciente entre lo real y lo virtual en su mundo emocional.

²⁸ La asignatura, al parecer, se llamará *Ciencias para el mundo contemporáneo* (BOE, 20 de junio de 2008, 20282 ss). También, al parecer, no es una mera introducción metodológica a la ciencia, sino una materia ideológica, educativa en valores: «Además con esta materia domina, desde la práctica, los procedimientos científicos y la argumentación fundamentada y adquiere actitudes de curiosidad, *antidogmatismo* y *tolerancia*»... «... facilitar el conocimiento y análisis de los diferentes problemas que son objeto de controversia social en función de los posicionamientos ideológicos, las creencias y los intereses económicos». Véase el objetivo nº 1: «Formarse opiniones fundamentadas sobre cuestiones científicas y tecnológicas que tengan incidencia en las condiciones de vida personal y global, y sean

que introducirá en el alumno esta mentalidad cientifista. Lo más admirable es que este novísimo saber que complementará la “Educación para la ciudadanía” de nuestros futuros “*ciborgitos*” (no hijos) no podrá ser impartido por filósofos; únicamente por “el profesorado de las especialidades docentes de Biología y geología y de Física y química”²⁹ ¡Como debe ser!

III. LA “IDEOLOGÍA DE GÉNERO” DENUNCIA EL “PECADO ORIGINAL” QUE HACE NECESARIA LA REVOLUCIÓN

① *El dogma desencadenante de la revolución transhumanista es la “ideología de género”, aplicación de la lucha de clases a la relación varón-mujer.*

Toda revolución-revelación (no olvidemos el carácter “religioso” de la política occidental nacida de las revoluciones³⁰) tiene que partir de la identificación del mal que la hace necesaria e inevitable. La verdad existencial de esta revolución —análisis de la realidad y motor popular del cambio— es lo que se llama “ideología de género”³¹. Para utilizar una analogía de fácil comprensión, pensemos en lo que supuso /a

objeto de controversia social y debate público a partir del conocimiento del significado cualitativo de algunos conceptos, leyes y teorías». Está claro que no es una introducción al método científico sino una educación de actitudes perfiladas únicamente desde una supuesta ciencia. No hay rastro de preguntas de índole filosófica; la impartirán titulados en biología, física, química, pero no los filósofos de la ciencia. ¿Cómo presentarán el evolucionismo? ¿Qué limitaciones a la ciencia se presentarán? ¿Se dará valor a otros modos de acceso racional a la realidad o se presentará el método científico como el único conocimiento digno del hombre del siglo XXI y el que le va a conducir a la felicidad? La antigua filosofía que ha estructurado la inteligencia de los occidentales durante siglos, que ha ocupado un importante lugar en el currículo escolar, desaparece casi a la par que la religión; de hecho una parte de su horario ya fue inmolado a la Ciudadanía. ¿Ocurrirá otro tanto con las Ciencias para el mundo contemporáneo?

²⁹ D.O.C.M. Num. 132, de 25 de junio de 2008, p. 21196.

³⁰ Cf Michael Burleigh, *Poder terrenal. Religión y política en Europa. De la Revolución Francesa a la Primera Guerra Mundial*, Madrid 2005, y *Causas Sagradas. Religión y política en Europa. De la Primera Guerra Mundial al Terrorismo Islamista*, Madrid 2006. Muestra con gran rigor cómo en la Europa Moderna, las grandes corrientes y revoluciones políticas han tenido mucho de “causas sagradas”, de “nuevos credos”, de “religiones seculares”.

³¹ Para este apartado recomendamos el artículo de Óscar Alzamora Revoredo, “La ideología de Género”, recogido en *Lexicón. Términos ambiguos y discutidos sobre familia, vida y cuestiones éticas. A cargo del Consejo Pontificio para la Familia*, Madrid 2004, p. 575-590. El referido artículo es un estudio muy completo de los distintos aspectos de esta ideología; claro, conciso y perfectamente informado. Contiene una bibliografía (en inglés) amplia. Fácilmente accesible en numerosas páginas de Internet (“ideología de género”, “Óscar Alzamora”).

lucha de clases para el marxismo. No exageramos en esta comparación, pues, en realidad, se trata de una aplicación de la lucha de clases a la relación entre varón y mujer. Es el dogma central resultante del análisis “científico” de la sociedad. La “ideología de género” destapa el pecado original de la historia del “hombre biológico” precisamente en su atadura a la biología. Este animal dotado de inteligencia, ha aceptado y justificado la diferencia sexual como constitutiva de lo humano, y ha asumido la sumisión de la hembra y su atadura a la prole creando así una desigualdad radical, madre de todas las desigualdades posteriores. Atenuante piadoso es que su inteligencia aún no había llegado al conocimiento científico. La relación entre “ideología de género” y “transhumanismo” es íntima y necesaria: el “homo biologicus” ha llegado a su final, y la ideología de género así lo proclama. Estar sujeto a la biología es su pecado radical y la causa de sus problemas. El reino del hombre empieza cuando la opresión de la biología es derrotada.

Algunos todavía piensan que el término “género” aplicado a la diferencia varón-mujer no es más que una traducción de la palabra “sexo” a un uso más sofisticado y menos agresivo. Hasta los sectores más conservadores la usan; es frecuente que un partido político de corte conservador o muy conservador establezca un departamento, o consejería, o concejalía de género. Tomo del artículo citado de Óscar Alzamora una definición de la feminista Judith Butler: «El género es una construcción cultural; por consiguiente no es ni resultado causal del sexo ni tan aparentemente fijo como el sexo. Al teorizar que el género es una construcción radicalmente independiente del sexo, el género mismo viene a ser un artificio libre de ataduras; en consecuencia hombre y masculino podrían significar tanto un cuerpo femenino como uno masculino; mujer y femenino, tanto un cuerpo masculino como uno femenino»³². Alguno podría pensar que se trata de una insensata radical, sin eco. Mas he aquí una descripción tomada de la revista del Consejo Superior de Investigaciones Científicas: «Esta concepción (la ideología de género) desmonta la representación esencialista de la masculinidad y la feminidad. Hombres y mujeres no son tales a priori de la historia de su constitución como sujetos, que es al mismo tiempo la historia de su sexuación, es decir, de la asunción de una identidad en el seno de la diferencia entre los sexos. Masculinidad y feminidad no son puntos de partida sino de llegada...»³³. O sea: la identidad sexual no es un dato para empezar la historia sino el producto de ésta, de la libertad de cada uno; la definición del género (hombre, mujer...) en cada sujeto está al final de su historia, no al comienzo. La libertad humana no tiene *aprioris*, o mejor, tiene uno solo que es la ciencia. Por eso la muerte es también resultado de la decisión individual; la vida no se debe a nadie, no es un regalo, es un accidente. Si resulta agradable, se toma; si se torna cruel, se deja. A libertad absoluta, derecho absoluto sobre la vida: aborto y eutanasia son pasos imprescindibles para este camino de “humanización”.

³² O. Alzamora, *Lexicón*, p. 575

³³ Silvia Tubert, *Fluctuat nec mergitur. El psicoanálisis en el siglo XX*, Arbor (Vol. CLXXXIII, nº 723, enero-feb. 2007, p. 11).

La ideología de género es una interpretación de la vida en su totalidad partiendo de la consideración de la diferencia sexual como cuestión cultural (“género”). En efecto: si la forma de ser “humano” actualmente es “natural” (biológica) y, por tanto, prehumana... Si no hay dato previo a la libertad porque no hay creador ni proyecto inteligente, ni voluntad anterior..., ¿por qué mantener la diferencia sexual como algo que forme parte de la esencia de lo humano? No tiene sentido. Además, esta diferencia es el origen de todas las opresiones y esclavitudes del ser humano: la reducción de la experiencia vital a lo que se espera de cada sexo (un varón no puede llorar, una mujer no puede pisar la plaza pública), la carga de la maternidad por parte de la mujer, y con ella la fuente de la desigualdad insuperable con relación al varón.

Consecuencia inevitable: el dimorfismo sexual es algo a extinguir³⁴. Varón y mujer son formas provisionales, accidentales, transitivas. Ni lo exigirá la procreación puesto que la ciencia conseguirá su realización en el laboratorio, así como la gestación fuera del útero materno. Tampoco lo exigirá el placer, dado que es subjetivo y depende de los gustos, opciones, historia. En definitiva, ni ley moral, ni necesidad social obligan a asumir el dato inicial de nacer varón o mujer. Aceptarlo como algo inevitable es aceptar la primera represión y la primera esclavitud. La homosexualidad como derecho humano, la reproducción al margen del matrimonio, de la familia y de la madre, son pasos necesarios pero nada más que eso, pasos.

Dado que el sexo biológico no es lo que determina el género, para las “feministas de género” existen géneros; y no dos como hasta ahora se pensaba sino cinco: mujeres heterosexuales, mujeres homosexuales, hombres heterosexuales, hombres homosexuales, bisexuales. Hablar de hombre y mujer ya no tiene sentido.

② *Esta corriente sale a la luz pública en la llamada “revolución de la juventud” (1968), y triunfa jurídicamente en la Conferencia de la ONU sobre la mujer celebrada en Pekín en 1995.*

³⁴ Un ejemplo para percibir la íntima coincidencia entre transhumanismo e ideología de género: «Entre los humanos actuales existe un dimorfismo sexual muy leve (...) Por eso podemos aventurar que, en un futuro inmediato, la diferencia entre los dos sexos irá disminuyendo entre los humanos; incluso nos atrevemos a predecir que, a largo plazo, de llevarse a cabo la reproducción extrasomática o extracorpórea (hablaremos de ello más adelante), la igualdad sexual puede llegar a ser una realidad en todos los ámbitos: social, cultural y biológico», en E. Carbonell y R. Salas, *Aún no somos humanos, op. cit.*, p. 59.

Este extremismo feminista hunde sus raíces en el *ethos* revolucionario, que no es precisamente feminista. Copiamos unas páginas que nos parecen de gran interés para comprender algunas cosas³⁵: «Muchas feministas destacadas salieron de la izquierda estudiantil, por ejemplo Jo Freeman, autora de varios libros era de Berkeley. Ella y otras muchas se hicieron feministas a causa de la profunda decepción por la manera como las trataban los afiliados masculinos de la Nueva Izquierda. Evelin Goldfield, Sue Munaker, Naomi Weisstein tenían contactos con la Nueva Izquierda en las universidades de Chicago y Harvard, y ellas fueron las que escribieron un irritadísimo artículo sobre los “male chauvinists”. Hasta qué punto las jóvenes recibían un trato humillante en el SDS, que no obstante pretendía ser la encarnación de una humanidad nueva y mejor, lo demostraron algunos incidentes de aquel congreso de la unión en el Coliseum de Chicago de 1969. Para reforzarse con los maoístas el núcleo del SDS llevó a sus aliados, entre otros a Rufus Walls, jefe local de los Panteras Negras. Este, tras hablar acaloradamente sobre los maoístas, empezó a tratar sin motivo claro la cuestión de las mujeres y dijo que ellos estaban a favor de que hubiera mujeres en el movimiento, “a favor del amor y todas esas cosas” y también a favor del “pussy power” (“Pussy”, gatita, es una de las numerosas expresiones para denominar los órganos genitales femeninos; “pussy power” se había inspirado en la expresión “black power” y su significado irónico-despectivo). Al principio el público creyó no haber entendido bien, luego se oyeron protestas. Pero entonces fue cuando Walls se animó de verdad y siguió hablando del tema con renovada mordacidad. Uno de sus amigos negros se acercó de un salto al micrófono e intentó apaciguar los ánimos, pero manifestó su solidaridad con su compañero y para colmo hizo recordar a las estudiantes una frase tristemente célebre del cabecilla negro Stokely Carmichael. (Cuando le preguntaron qué posición adoptaba la mujer en el movimiento revolucionario contestó: “boca arriba”). La cólera de las muchachas del SDS fue uno de los factores, si bien no el decisivo, que pocas horas más tarde condujeron al fin de la organización (...) Muchas jóvenes que se sentían maltratadas en la Nueva Izquierda se pasaron con sus talentos y experiencias al movimiento feminista; aquí encontraron una nueva patria, nuevas misiones (...) No es de extrañar que la violenta repulsa del sexo masculino condujera al lesbianismo en todos sus grados. En él muchas mujeres esperaban encontrar una comunidad para retirarse de la impetuosidad del erotismo heterosexual».

Beato Narciso Estenaga

La Conferencia de Pekín de 1995 recuerda, en su aspecto de asalto revolucionario, la sesión de los Estados Generales en la Francia de 1789 y su Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano. «La IV Conferencia Mundial de las Naciones Unidas sobre la Mujer, realizada en 1995 en Pekín, fue el escenario elegido por los promotores de la nueva perspectiva para lanzar una fuerte campaña de persuasión y difusión. Es por ello que desde dicha cumbre la “perspectiva de género” ha venido filtrándose en diferentes ámbitos no sólo en los países industrializados, sino además en los países

³⁵ Klaus Mehnert, *La rebelión de la juventud*, Barcelona 1978, pp. 98 ss.

en vías de desarrollo»³⁶. La gran protagonista de esta liberación es, en primer término o plano, la mujer. Ella toma conciencia de que ha sido y es la víctima en la que se concentran todas las opresiones, todas las esclavitudes. En la Conferencia de Pekín se exigió el reconocimiento de los llamados “derechos reproductivos” derivados de la “salud reproductiva”. Incluyen el derecho de las parejas lesbianas a concebir mediante inseminación artificial³⁷ o adopción, además del aborto libre como decisión de la mujer sobre su cuerpo.

③ *El triunfo del “feminismo de género” convierte a los movimientos de lesbianas (gays secundariamente) en punta de lanza del activismo revolucionario, algo así como “el partido”.*

El movimiento que nació de aquellas revolucionarias resentidas y defraudadas por la hipocresía de los varones de izquierda, nada tuvo que ver con el feminismo clásico, o sea, con la defensa de la igualdad de dignidad y de derechos entre varón y mujer. Se trata ahora del llamado “feminismo de género”. El término “feministas de género” fue acuñado en primer lugar por Christina Hoff Sommers en su libro “Who Stole Feminism?” (“¿Quién robó el Feminismo?”), con el fin de distinguir el feminismo de ideología radical surgido hacia fines de los 60’, del anterior feminismo de la equidad. Aquí las palabras de Hoff Sommers: «El feminismo de equidad es sencillamente la creencia en la igualdad legal y moral de los sexos. Una feminista de equidad quiere para la mujer lo que quiere para todos: tratamiento justo, ausencia de discriminación. Por el contrario, el feminismo de género es una ideología que pretende abarcarlo todo, según la cual la mujer norteamericana está presa de un sistema patriarcal opresivo. La feminista de equidad opina que las cosas han mejorado mucho para la mujer; la feminista de género a menudo piensa que han empeorado. Ven señales de patriarcado por dondequiera y piensan que la situación se pondrá peor...»³⁸

Si la “ideología de género” es el dogma existencial, la verdad primera, los movimientos feministas radicales son “el partido” en esa analogía revolucionaria que venimos sugiriendo. Mientras el movimiento

³⁶ Óscar Alzamora, *Lexicón*, p. 576.

³⁷ Podría ser un dato curioso y nada más, pero no lo es. Me refiero a la divulgada gravidez y parto del “primer hombre” inseminado. El tal “hombre” era, como es natural, una mujer confusa que había imitado quirúrgica y químicamente una feminidad para emparejar con otra lesbiana. Como también es natural, conservaba sus órganos reproductivos femeninos y seguía siendo una mujer. Digo que no es mera anécdota curiosa; en efecto, la insistencia en lo de “primer hombre embarazado” y la machacona repetición de la noticia indica que se trata de imponer a la opinión que la calificación de hombre o mujer no depende en absoluto de la biología.

³⁸ Óscar Alzamora, *Lexicón*, p. 578, donde cita una entrevista a Christina Hoff Sommers en “Faith and Freedom, 1994, p. 2.

gay tiene mucho de escenificación exhibicionista e histeroide para cubrir el dolor y lograr la legitimación —algo así como el departamento de teatro educativo y escándalo sistemático—, los movimientos feministas responden a una ideología más que a una tendencia sexual perseguida.

El colectivo visto y odiado como “antipartido” es el de las mujeres que han elegido la maternidad como vocación primaria. Las llamadas “amas de casa” equivalen, para el feminismo de género, a los “sindicatos amarillos”, a los esquirols, al sector de la clase obrera aliada servilmente con la burguesía. Desde la aristocracia progresista se les ha llamado “marujas” y han sido objeto de burlas y groserías. Por supuesto, ningún sector feminista ha trabajado para que la dedicación a la maternidad tenga un reconocimiento social que suponga independencia económica para la mujer sin necesidad de un trabajo remunerado fuera del hogar. Si se llega hasta el final de la lógica de este movimiento, el rechazo frontal es hacia la maternidad biológica como constitutivo espiritual de la mujer. Ahí confluyen el transhumanismo y la ideología de género: «Para que esto pueda cumplirse plenamente no podemos olvidarnos de la tecnología aplicada a la reproducción humana y hay que señalar que una condición *sine qua non* para conseguir una total modernización y humanización es la posibilidad de desarrollar, primero, y socializar, después, las técnicas de fertilización y gestación extrauterina»³⁹.

④ *La maternidad virginal de María es la respuesta radical y positiva a la ideología de género y sus derivados.*

Y aquí, en la maternidad, es donde los creyentes debemos situarnos para recuperar la grandeza de lo humano encarnado en la biología de modo inseparable. El evangelio de Juan, en el vértice de su prólogo (1,14) confiesa: “El Verbo se hizo (*llegó a ser*) carne (*sarx*) y habitó entre nosotros”. Cuando Juan hace esta confesión ya la adoración a Jesús como Dios era una tradición asimilada. Lo “nuevo” no era la aplicación del término “Verbo”, o sea, de situar a Jesús en el interior de la divinidad. Eso era “viejo”⁴⁰. Lo “nuevo” era confesar que el Verbo divino había *llegado a ser* carne. Dos afirmaciones muy fuertes: “llegar a ser” no es una mera aparición momentánea; implica un camino de acercamiento y de familiaridad; algo así como un proceso de hominización por parte de Dios. Además,

³⁹ E. Carbonell y R. Sala, *Aún no somos humanos, op. cit.*, p 65. Para estos autores no es una idea de paso sino un eje ideológico: «Sigue quedando, sin embargo, una rémora esencial: la gestación y el parto, que continua marcando una desigualdad mayúscula entre los hombres y las mujeres ante el mundo laboral y la proyección personal», (p 67). «Cuando llegue la hora en a que podamos reproducirnos de forma extrasomática o extracorporal gracias a la construcción de úteros artificiales, es obvio que habremos incrementado nuestra independencia de la naturaleza y gozaremos, por lo tanto, de mayor libertad. La desaparición del dimorfismo sexual será una de las características de la civilización plenamente humana de ese futuro que aún queda lejos pero no tanto como creemos», (pp. 198-199).

⁴⁰ Ya lo cantaban los fieles de Filipo en un himno que Pablo tomó en una de sus cartas allá por el año 55 o 56 (Fil 2,5s).

“carne”: “homo biologicus”, hombre frágil, criatura contingente. La afirmación, seguramente enarbolada contra los primeros brotes gnósticos de corte doceta, debía sonar a los oídos grecoasiáticos tan absurda como la resurrección corporal de Jesús en el Areópago ateniense. Pablo lo había expresado con su proverbial fuerza en carta escrita por los años 56 a 58: “Pero, al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo nacido de mujer, nacido bajo la ley” (Gl 4,4). Así se llamó el misterio inicial de la cristología: “encarnación”, incardinación en la carne, en la biología animada⁴¹.

Por eso el pensamiento teológico sobre la Virgen María se desarrolla a la par que se reflexiona sobre la unidad Verbo-carne en la persona del Señor. El obispo Apolinar de Laodicea, queriendo afirmar la divinidad de Jesucristo contra el arrianismo, afirma que el Verbo no tomó un alma humana pues su misma divinidad suple con infinita ventaja la necesidad del espíritu. Condenado en el primer concilio de Constantinopla (381), se reafirmó la encarnación real y completa (biológica pero no meramente biológica) y se integró en el credo niceno: “nacido del Espíritu Santo y de María Virgen”⁴². Desde nuestra perspectiva, lo que el Concilio reafirma es que la encarnación consistió en tomar una biología, pero una biología humana, no des-almada. Y, en consecuencia, cómo la maternidad no es albergar un conjunto de células que se desarrollan en un cuerpo biológico, sino aceptar el hospedaje integral de un ser humano que, tomando la carne materna, recibe al tiempo el toque singular de Dios, su alma individual e individualizadora.

⁴¹ «En su figura (de María), lo “biológico” y lo humano son inseparables, lo mismo que son inseparables lo humano y lo “teológico”. Por una parte, todo esto está en contacto muy estrecho con los movimientos concretos de nuestra época, pero al mismo tiempo los contradice también de forma fundamental. Pues, si el programa antropológico actual gira en torno a la “emancipación” con una radicalidad no conocida antaño, con ello se busca una libertad que aspira a “ser como Dios” (Gn 3,5). A este concepto de “ser como Dios” pertenece, sin embargo, el desligamiento del ser humano respecto a su condicionamiento biológico, respecto al “hombre y mujer los creó”: esta diferencia, que pertenece al ser humano como una realidad biológica incancelable y lo marca en lo más hondo, es expulsada —como una insignificancia perfectamente irrelevante, como una “obligatoriedad de los roles” inventada históricamente— al ámbito “puramente biológico”, que en absoluto concierne propiamente a los seres humanos. Esto significa que eso “puramente biológico” es puesto a disposición del ser humano como un objeto, al margen de los criterios humanos y espirituales (llegando hasta a disponer libremente sobre una vida que se está haciendo); tal cosificación de lo “biológico” aparece además como una liberación en la que el ser humano somete al *bios*, lo utiliza de forma libre y es, independientemente de él, por lo demás, simplemente ser humano, no hombre ni mujer. Pero, en realidad, con ello se encuentra en lo más hondo de sí mismo, y se envilece a sí mismo, porque de hecho sigue siendo, pese a todo, ser humano como cuerpo, ser humano como hombre o mujer. Si convierte esta determinación fundamental de sí mismo en una pequeñez despreciable, que se puede manejar como una cosa, él mismo se convierte en pequeñez y en cosa; la “liberación” se vuelve rebajamiento a lo factible. Donde se sustrae lo biológico a la humanidad, se niega la humanidad misma. Así, en la pregunta de si el hombre puede existir como hombre y la mujer como mujer, se trata de la criatura en general. Puesto que esta determinación biológica de lo humano tiene en la cuestión de la maternidad su realidad menos ocultable, una emancipación que niegue el *bios* es especialmente un ataque a la mujer: la negación de su derecho a poder ser mujer...»: J. Ratzinger y H. U. Von Balthasar, *María, Iglesia naciente*, Madrid ²2006, pp. 232-234. Cf también, pp. 61 s, 99, 128, etc.

⁴² Angelo Amato, *Jesús el Señor*, Madrid 1998, pp. 203 s.

Y en pensamiento invertido con relación al anterior: cuando Nestorio, obispo de Constantinopla, para afirmar con toda su grandeza la humanidad íntegra de Jesucristo, predica que no se llame a María “theotokos” (madre de Dios) sino “christotokos” (madre de Cristo), Cirilo, en Éfeso, logra su condena por poner en peligro la unidad personal del Señor. Y ello declarando a María “theotokos” con toda solemnidad y con el acompañamiento entusiasta del pueblo. La maternidad es tan plena que, siendo la Persona del Verbo anterior y creadora de María, ésta es su madre, o sea, adquiere con él la relación materno-filial para toda la eternidad. No se puede ser humano sin tener madre. Este es, quizá, el misterio más hondo del ser humano. ¿Qué quiere decir?

La maternidad, para el ser humano, es el modo de entrar en la humanidad, de ser hombre antes de nacer, de recibir en su formación inicial toda la carga de la historia emocional (amor y odio, gracia y pecado) de la humanidad. La maternidad es, para la mujer madre, recibir en su seno (biológico y anímico) un huésped que altera su cuerpo, sus estados emocionales, sus relaciones conyugales, familiares, amistosas, profesionales. Cuando se acepta, el huésped es amado con una intensidad, inmediatez y perduración que no tiene paralelo en las relaciones humanas. Cuando no se acepta la maternidad, el huésped es rechazado como un “okupa” indeseado y molesto. Pero eso, gracias a Dios, es excepcional, salvo cuando la presión sobre la mujer (presión material y presión de ideas) produce en ella una auténtica desesperación. Tiene cierta lógica que el ser humano, cuando se instala en una inteligencia aséptica y se sueña sin limitaciones (“omnis determinatio est negatio”), mire con recelo a esta relación madre-hijo porque le instala en un nudo de emociones difícilmente controlables. Pero es una lógica demoníaca, es el rechazo de la gratitud fundamental y constituyente, es la separación espiritual de una humanidad realmente solidaria. Aldoux Huxley, en su novela *Un mundo feliz*, se percata lúcidamente de que el sueño de los evolucionistas sociales, que tan íntimamente conocía, es una humanidad sin emociones, sin pasión, o sea, sin madre⁴³. El eje de la novela es el descubrimiento de la maternidad por

⁴³ Vale la pena copiar algunos párrafos de la novela donde se muestra la repugnancia de la civilización “fordiana” hacia la maternidad:

-¿Y «padre»?

Se produjo un silencio incómodo. Algunos muchachos se sonrojaron. Todavía no habían aprendido a identificar la significativa pero a menudo muy sutil distinción entre obscenidad y ciencia pura. Uno de ellos, al fin, logró reunir valor suficiente para levantar la mano.

-Los seres humanos antes eran... —vaciló; la sangre se le subió a las mejillas—. Bueno, eran vivíparos.

(...)

-En suma —resumió el director—. Los padres eran el padre y la madre... —La obscenidad, que era auténtica ciencia, cayó como una bomba en el silencio de los muchachos, que desviaban las miradas—. Madre —repitió el director para hacerles entrar en la ciencia...

Más adelante, se hacen dos descripciones de la familia que también transcribimos:

... Hogar, hogar... Unos pocos cuartitos, superpoblados por un hombre, una mujer periódicamente embarazada, y una turbamulta de niños y niñas de todas las edades... Sin aire, sin espacio: una prisión no esterilizada;

ciudadanos del mundo feliz: el equilibrio conseguido con condicionamientos prenatales e infantiles, con la fiesta y la droga, salta hecho pedazos.

Sin María, el Verbo divino no habría sido verdaderamente humano, no habría llegado a ser “carne”. En María se nos revela la verdad de la maternidad, su dignidad, su necesidad. En ella aprendemos que la maternidad (toda maternidad) es una relación única con Dios, con Dios Padre; en la medida que se respeta a sí misma, la maternidad es un sí a Dios Creador y Padre, a su voluntad de que alguien (no algo) nazca a la historia de la salvación; el nacimiento de todo ser humano es decisión singular de Dios mediada por una libertad corporal y espiritual, humana. En segundo lugar, que la maternidad (toda maternidad) es una recepción respetuosa del hijo, huésped confiado a ella pero no en propiedad; concebir y cortar el cordón umbilical, y dejar que el hijo sea quién Dios quiere y nombra. En tercer lugar, la maternidad refiere necesariamente la mujer al varón, incluso en el caso de la virginidad excepcional: “La maternidad es esencial, como vamos viendo, pero no es todo. Si fuera todo y lo ocupara todo en la recepción de la persona, la mujer sería una divinidad autosuficiente y absorbente, destructora de la vida que ella misma gesta y da a luz. La figura mitológica de la *bruja* tiene este significado. La mujer se convierte en “diosa madre” autosuficiente y entonces es madre de la muerte. En el movimiento de lesbianas y en su círculo de influencia se va extendiendo esta aspiración: maternidad sin necesidad de varón presente y acompañante (...) El varón es límite y complemento para que la maternidad no ahogue al recién nacido en esas emociones tan fuertes...”⁴⁴

La ideología de género, como leemos en la cita de J. Ratzinger (cf. nota 41), no es un paso adelante para la mujer, no es su liberación. Otra cosa es el feminismo llamado de equidad. El feminismo de género es, en parte, producto del resentimiento de mujeres que apostaron afectivamente por los revolucionarios y experimentaron que eran utilizadas sexualmente; luego, esa izquierda revolucionaria, fracasada momentáneamente en occidente por un momento esplendoroso de bonanza económica, hace de la ideología de género su bandera y asegura así los votos de muchas mujeres tan hartas de sumisión como desinformadas. Las sucesoras de aquellas que se rebelaron contra sus correligionarios varones, han sido abducidas por el mismo tipo de varón que rechazaron; han conseguido que dicho varón colabore en las tareas domésticas o les abra cuotas de igualdad en la vida pública, pero las sigue utilizando, y

oscuridad, enfermedades y malos olores. (La evocación que el Interventor hizo de hogar fue tan vívida que uno de los muchachos, más sensible que los demás, palideció ante la mera descripción del mismo y estuvo a punto de marearse).

... Y el hogar era tan mezquino psíquicamente como una conejera. Psíquicamente era una conejera, un estercolero, lleno de fricciones a causa de la vida en común, hediondo a fuerza de emociones. ¡Cuántas intimidades asfixiantes, cuán peligrosas, insanas y obscenas relaciones entre los miembros del grupo familiar! Como una maniática, la madre se preocupaba constantemente por los hijos (“sus” hijos...), se preocupaba por ellos como una gata por sus pequeños; pero como una gata que supiera hablar, una gata que supiera decir: «Nene mío, nene mío» una y otra vez. «Nene mío, y, joh, oh, en mi pecho, sus manitas, su hambre, y ese placer mortal e indecible! Hasta que al fin mi niño duerme, mi niño se ha dormido con una gota de leche blanca en la comisura de su boca. Mi hijito duerme...».

⁴⁴ Lorenzo Trujillo, “¿El fin de la maternidad?”, en Acontecimiento, 2006, n° 80, pp. 12-13.

abandonando cuando sus cuerpos se marchitan; la mujer se ha rendido y trata, artificialmente, de convertir su sexualidad original en sexualidad masculina. Los partidos conservadores, a pesar de su defensa política de los valores tradicionales de la familia, terminan aceptando la ideología de género y sus consecuencias como algo irremediable e irreversible; es la dinámica de la lucha por el poder. Sólo la Iglesia Católica, asume conscientemente el precio que deberá pagar por su defensa del dimorfismo sexual, de la maternidad, de la mujer en definitiva; un precio ya elevado (acoso mediático, rebeldía de los cristianos simpatizantes de la izquierda política, etc.), pero que en unos años podría ser considerablemente mayor.

«Una gran señal apareció en el cielo: una Mujer, vestida del sol, con la luna bajo sus pies, y una corona de doce estrellas sobre su cabeza; está encinta, y grita con los dolores del parto y con el tormento de dar a luz. Y apareció otra señal en el cielo: un gran Dragón rojo, con siete cabezas y diez cuernos, y sobre sus cabezas siete diademas. Su cola arrastra la tercera parte de las estrellas del cielo y las precipitó sobre la tierra. El Dragón se detuvo delante de la Mujer que iba a dar a luz, para devorar a su Hijo en cuanto lo diera a luz. La mujer dio a luz un Hijo varón, el que ha de regir a todas las naciones con cetro de hierro; y su hijo fue arrebatado hasta Dios y hasta su trono. Y la mujer huyó al desierto, donde tiene un lugar preparado por Dios para ser allí alimentada 1.260 días» (Ap 12, 1-6). Este pasaje del Apocalipsis se escribió a finales del siglo I, seguramente durante la persecución de Domiciano, el hijo menor de Vespasiano y hermano de Tito. Parece que se refiere directamente a la Iglesia perseguida, pero, sin duda, la historia del nacimiento del Señor está implícita y presente. ¿Se podría leer en la actualidad una palabra de ánimo para la mujer creyente, virgen o madre por vocación, perseguida por la ideología para que no se consagre a su maternidad? ¿Tendrá la mujer cristiana en la actualidad fortaleza para vivir en el desierto, rechazada por su entorno hasta familiar, por amor a los hijos, sean propios, sean ajenos? Necesitará, sin duda, la compañía de un varón renovado y liberado. Ambos tendrán que aguantar el acoso; tendrán que inventar nuevas formas de educación para defender a sus hijos del “flautista de Hamelín”: objeciones de conciencia, enseñanza familiar en redes sociales nuevas, etc. Si como respuesta a las revoluciones de la Modernidad y a las nuevas necesidades sociales, surgieron numerosas congregaciones religiosas al servicio de la educación y se institucionalizó el colegio cristiano, es posible que este sea superado en los próximos años por la nacionalización de los espacios formativos y ello haga necesario el nacimiento de nuevas formas de colaboración familiar para la educación integral de los hijos.

IV. EL ESTADO AL SERVICIO DE LA REVOLUCIÓN: LAICISMO EXCLUYENTE

① *El estado laicista, basado en un derecho fruto de diálogo indefinido y sin premisas éticas, según normas democráticamente promulgadas, es el instrumento jurídico que puede albergar la nueva y definitiva revolución.*

Entre la revolución proletaria y el comunismo final se concebía la necesidad del “estado comunista”, disciplinado y jerárquico pero transitorio (en teoría). Esta necesidad de un estado fortísimo aunque transitorio separó a los anarquistas del comunismo. En la actual revolución —transhumanismo— ese espacio instrumental es el **estado laicista** entendiendo el término laico no como aconfesionalidad religiosa sino como reducción del hecho religioso al ámbito de la privacidad, sin que pueda ser reconocido como dimensión pública de la vida social. Culmina algo ya iniciado siglos antes: la vida social se reduce a política. La familia es asunto político, la escuela ha de ser “democrática”... Pensar en la existencia de iglesias frente al Estado, como sociedades de ámbito público y oídas en el proceso político, es, para ellos, retroceder a un pensamiento medieval. Por un lado es el estado liberal (*laissez faire...*) llevado al límite, el contrato social en su más pura expresión, pero, por otro, su legislación totalitaria pactada se convierte en el único referente del ciudadano, se convierte en su conciencia. Frente a él no existe, como decimos, iglesia ni familia. Todo es política, asamblea y pacto. Alguien podría ver la gloria y culminación del ágora griega donde la palabra vencía a la violencia; pero el ágora, la calle que desemboca en la plaza pública donde todos se encuentran, respetaba la privacidad del hogar, la autoridad del maestro y la trascendencia del templo. Ahora el ágora es todo, lo cual quiere decir que deja de ser ágora y se convierte en plaza de conciertos dionisiacos, dirigidos desde escenarios deslumbrantes de paneles, tubos metálicos, focos y columnas potentísimas.

La motivación inmediata para dar este paso es la necesidad de articular una nueva sociedad mundial desde el pluralismo étnico, cultural y, sobre todo, religioso que ya es un hecho por el fenómeno de las migraciones⁴⁵. La destrucción de las Torres Gemelas da fuerza a un argumento sugerido antes por el llamado postmodernismo o pensamiento débil: la religión es factor de violencia por cuanto pretende una verdad revelada, absoluta, e intenta hacerla universal. Todo dogma es un cañón en potencia. El choque

⁴⁵ Qué se entiende por sociedad pluralista es algo aún muy debatido. Desde quienes proclaman un multiculturalismo con términos similares a la “alianza de civilizaciones”, a quienes critican durísimamente el multiculturalismo sin eje que, según ellos, termina en una desintegración multiétnica. Esta última postura es la de Giovanni Sartori, *La sociedad multiétnica. Pluralismo, multiculturalismo y extranjeros*, Madrid 2001. Aún más radical fue en este punto Oriana Falacci: *La rabia y el orgullo*, Madrid, 2002; *La fuerza de la razón*, Madrid 2004); esta mujer, famosa por su periodismo comprometido con la libertad y frente a las tiranías, ha gritado, incluso con acentos fanáticos por apasionados, contra una Europa entregada al Islán y traidora a su propia cultura; curiosamente su ateísmo militante de antaño dio paso a un “ateísmo cristiano”, que otros ateos han compartido, y que pide a la Iglesia que defienda su tradición de libertad frente a esta huída general.

de religiones es algo inevitable⁴⁶. La violencia histórica se explicaría de algún modo por este factor. Previamente a este momento, las corrientes religiosas (gnósticas) que desembocan en Nueva Era (Acuario), habían calificado el pasado como la “Era Piscis”, época violenta. Ahora se pretende disolver la verdad: los dogmas son origen de violencia verbal y, finalmente, física. La bondad salva, solo la bondad, y ésta consiste en buenos sentimientos, en abandonarse al corazón. La obra de Lipovetsky⁴⁷ —una moral sin deberes y sin sacrificio, reducida a normas de higiene— es buena muestra de esta concepción moral latente. Algunos han llamado “buenismo” a esta mentalidad.

② *El conato aparenta continuidad con el estado laico posterior a las guerras de religión europeas, pero su fundamento y su sentido es muy distinto de aquella solución.*

El laicismo es un salto que toma como punto de partida la opción de los siglos XVI y XVII por la ley natural para establecer un espacio de convivencia entre católicos y protestantes, enfrentados violentamente y condenados a convivir en el mismo espacio vital. La ley natural se convierte en el común denominador dado que la teología ya no une en aquel momento a todos los cristianos⁴⁸. La diferencia profunda con la actualidad, que trata de aplicar la misma receta a la multiculturalidad, es que aquella pretendida ley natural era, en el fondo, cristiana, y representaba una objetividad previa a la política y al derecho positivo en la que era fácil llegar a acuerdos. Cuando la ciencia deslegitima la ley natural, y por añadidura no hay mentalidad religiosa ni cultural compartidas por todos, el problema es dónde apoyar los valores que deben regir la convivencia. Se habla de los derechos humanos, pero, ¿por qué calificar un valor determinado como derecho humano? ¿En qué se basan? ¿Los “derechos reproductivos”, que incluyen sin duda el aborto arbitrario, son derechos humanos? Si no hay una base de verdad en la vida pública, ¿puede haber una moralidad? La única salida que se abre es la obediencia de todos a las normas legítimamente establecidas, o sea, a las leyes votadas en un parlamento democrático. Pero esto es una aberración: es volver a las tesis del positivismo jurídico que tanto tuvieron que ver con la sumisión

⁴⁶ Samuel Huntington, *The clash of civilizations and the remarking of world order* (El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial), 1996.

⁴⁷ Gilles Lipovetsky, *El crepúsculo del deber. La ética indolora de los nuevos tiempos democráticos*, Barcelona 1994.

⁴⁸ Recordemos a Hugo Grocio (*De iure belli ac pacis*), Christian Wolff (*Ius naturae*), quienes aplican las ideas de la Escuela de Salamanca al derecho internacional, al derecho basado en la ley natural (iusnaturalismo). La idea de “naturaleza”, primero como expresión objetiva de la voluntad del creador, luego como algo autónomo, invade el pensamiento. En teología se abre una sima entre el “natural” y el “sobrenatural”, dejando espacio para un supuesto “limbo”, o lugar de felicidad natural concedida a los niños sin bautizar. En la novela, el “buen salvaje” (hombre ajustado a la naturaleza y no pervertido por la educación) por influjo de Rouseau se convierte en prototipo.

al estado durante el nazismo⁴⁹. O sea, a la separación entre “razón práctica” y “razón pública”, entre moral y derecho, entre ética y política⁵⁰. Aparentemente abre un espacio mayor a la participación democrática, puesto que sólo el acuerdo social fundamenta la norma jurídica; pero también abre un peligrosísimo camino hacia el estado puramente formal, posible emisor de leyes contrarias a la dignidad de la persona o al bien común. Este asunto preocupa a los grandes pensadores de la actualidad. Conocemos el diálogo Habermas-Ratzinger⁵¹ o Ratzinger-Pera⁵². Este último, Marcello Pera, agnóstico y “laico” llamado humorísticamente un “devoto ateo”, defendió públicamente en numerosas ocasiones la dignidad personal del embrión y votó en contra de ciertas leyes “progresistas”, no por motivos religiosos sino por una conciencia personal informada científicamente; es profesor de filosofía de la ciencia⁵³.

③ *Llegamos al punto donde se ve con claridad la confluencia perfecta de estas tres dimensiones: transhumanismo, ideología de género y estado laicista.*

Las tres (transhumanismo, ideología de género y laicismo) tienen el mismo supuesto que las hace coincidir y fortalecerse mutuamente: el rechazo de la naturaleza como algo previo a la libertad humana, como dato a aceptar, respetar y agradecer. Ciertamente que la idea clásica de naturaleza tiene sus dificultades y sus rasgos a corregir, pero no se trata de esta o aquella concepción; también es cierto que quienes hoy defienden con demasiado vigor la vinculación a la naturaleza (ecologistas místicos) desconocen con frecuencia la singularidad del ser humano y su señorío razonable sobre la misma⁵⁴. Se trata de negar cualquier atadura del hombre a una voluntad o dato objetivo anterior a él. Sin esa voluntad personal,

⁴⁹ Hans Kelsen, *Teoría pura del derecho*, México, D. F., 1991 (Obra original, 1934).

⁵⁰ Para una exposición informada y seria sobre el debate actual entre las tendencias iusnaturalistas y las iuspositivistas, con antecedentes históricos y consecuencias prácticas, así como con conclusiones moderadas y una bibliografía ajustada, Cf. Fernando García-Cano Lizcano, *Razón pública y razón práctica. Una convergencia necesaria*, Valencia 2008. Es una lectura provechosa para quien desee reflexionar, con serenidad, sobre el fondo filosófico-jurídico del laicismo.

⁵¹ J. Habermas y J. Ratzinger, *Dialéctica de la secularización*, Madrid 2006.

⁵² M. Pera y J. Ratzinger, *Sin raíces*, Barcelona 2006.

⁵³ Un breve resumen de su pensamiento, expuesto ampliamente en “Senza radici”, puede verse en la entrevista que Juan Manuel de Prada le hizo para ABC el 2-V-05.

⁵⁴ Todo lo comentado en la primera parte sobre la reducción de la humanidad a especie animal sin más. El culto a la naturaleza, vinculado a una crítica romántica del progreso científico, quisiera una medicina “alternativa” copiada (con retoques por supuesto) de pueblos indígenas, que recibieron a los médicos occidentales como lluvia caída del cielo. Un amigo personal, en reunión con autoridades, campesinos y ecologistas para dialogar sobre un parque protegido, intervino con una brevísima alocución: “sólo pido que se reconozca a estos vecinos de las aldeas los mismos derechos que a los buitres”.

encarnada parcialmente en un mundo objetivo y lleno de sentido, o sin este mundo objetivo simplemente, corresponde al hombre, animal inteligente por azar, darse ser y sentido, configurarse, crearse; sin aprioris o limitaciones que él mismo no se imponga. O sea, negación de la creaturalidad; sin más. El transhumanismo ve llegado el momento de abandonar el útero que es la naturaleza y entrar en un periodo “posthumano”; la necesidad de salir de la biología viene dada por la disolución del individuo en esa misma biología: los humanos, primates inteligentes, quieren romper con sus hermanos animales por la vía de la técnica, dado que por naturaleza no se distinguen más que en cantidad. Sólo la ciencia dará forma al hombre nuevo, hasta ahora informe, caótico, prehomínido. Podríamos parafrasear en inversa el relato inicial del Génesis: “Aquella humanidad era caos y confusión, indeterminación y oscurantismo, mientras la brisa de la ciencia aleteaba sobre el abismo”. La ideología de género niega los datos genéticos, morfológicos, psicológicos hasta rechazar el dimorfismo sexual y profetizar el fin de la maternidad; responde a los presupuestos más hondos del transhumanismo y, al tiempo, le abre el espacio social para que instale cómodamente sus laboratorios; le ofrece un objetivo social, visible, aparentemente liberador. El laicismo da valor a la norma jurídica sin mirar otro criterio moral que su legitimidad formal: que haya sido elaborada por los órganos democráticamente elegidos y según el reglamento de los mismos⁵⁵. Así el científico no tendrá limitaciones en sus experimentos, y la ley se irá adecuando a las exigencias de una opinión pública creada y manipulada por los medios controlados por ese estado⁵⁶. El estado laicista controlará la palabra divulgada públicamente mediante las concesiones de emisoras, la llamada “publicidad institucional”, etc. También controlará la educación sacándola definitiva y absolutamente del control de los padres (ya no padres sino progenitores)⁵⁷.

⁵⁵ La falsedad radical de este laicismo que occidente pretende para todo el mundo, se muestra con toda claridad en la legalización del aborto, con toda la falsificación del lenguaje (interrupción del embarazo, derechos reproductivos) y la diabólica pedagogía (casos excepcionales, leyes de plazo, reconocimiento abierto del derecho a abortar). Los estados más avanzados del mundo legalizan una práctica criminal masiva de inocentes con el pretexto de la “demanda social” (creada por sus medios de comunicación) y de la neutralidad religiosa; como si el aborto no ofendiera la ética más básica y laica. Mientras, sus ciudadanos miran a otro lado dándose las de tolerantes y diciéndose a sí mismos con la mayor de las hipocresías: personalmente no lo apruebo ni lo practicaría, pero hay sectores sociales que sí lo hacen y yo he de respetar las distintas sensibilidades.

⁵⁶ Aparentemente es un reconocimiento basado en la confianza en la bondad del ser humano el dejar al diálogo la moralidad de las leyes. Los partidarios del laicismo, especialmente los de procedencia cristiana, argumentan que la moralidad pública no puede pensarse desde la moral particular de los cristianos. En ello podemos estar de acuerdo, pero habría que preguntar: ¿Es moral legitimar el aborto, desde cualquier moralidad humana?

⁵⁷ Hay multitud de indicios que nos pasan desapercibidos. Uno a mi juicio gravísimo: programas “educativos” donde el psicólogo o el pedagogo entran en el seno del hogar, convertido en escenario por la televisión, para educar a los padres y resolver los conflictos con los hijos. La ayuda de estos profesionales me parece deseable y necesaria, pero que invadan el espacio privado, que hagan de padres de los padres, que impongan sus técnicas de persuasión sobre los valores que esos padres tendrían que transmitir me parece gravísimo. Sobre todo, que las estrategias y tácticas para resolver conflictos ocupen el lugar de los valores comunes, que estos ni se mencionen, me parece ignominioso. Igualmente, es cada vez más frecuente que los padres acudan a instituciones públicas para que repriman a unos hijos incontrolables y violentos. En vez de robustecer la misión de los padres, el estado laico con sus potentes medios de persuasión va minando su autoridad y convirtiendo su presencia en algo de lo que se podrá prescindir poco a poco.

⑤ *La posibilidad de que el estado laicista termine con veinticinco siglos de individuación y facilite regresiones al colectivismo del clan protector, no es infundada.*

Este formalismo jurídico trae consigo una consecuencia que irá saliendo a la luz: la dificultad creciente de una objeción de conciencia⁵⁸ o de una desobediencia ante la ley injusta por quienes mantienen convicciones religiosas o morales que chocan con esos presupuestos. Los tres niveles de la revolución coinciden: si el transhumanismo restringe el hombre a mero cuerpo y toda reforma “interior” se reduce a la libertad individual de manipulación biológica (genética, cibernética), la objeción de conciencia sobra porque la conciencia es colectiva y heterónoma: la conciencia es la ley aprobada por los representantes del pueblo soberano. La ley meramente positiva que es la forma del estado laicista. Si la opción de género llega a ser un derecho humano, ¿qué profesional podrá negarse a colaborar en un aborto, o en un “cambio” de sexo, o en un “matrimonio” homosexual sin dañar el derecho de quien opta y exige esa ayuda especializada? Veinticinco siglos tirados por la borda por la barbarie: la responsabilidad individual que el profeta Ezequiel (Ez 18) proclama, frente a la vieja tradición de responsabilidad colectiva (Dios castiga la culpa de los padres en los hijos hasta la cuarta generación); o el “demonio” de Sócrates que le insta a rebelarse contra las costumbres injustas de su ciudad. Ahora, si el *iuspositivismo* construye un estado laicista, la conciencia individual no tendrá el apoyo que tenía en un derecho sometido a valores supralegales. La única rebeldía posible queda relegada a la protesta contra una imposición “ilegal” (no reglamentaria, no consensuada en los órganos convenientes) de la misma ley. No hay ley injusta; en todo caso, cabe una ley “ilegal” a la que la instancia superior puede declarar nula. Nula por defectos

INSTITUTO DIOCESANO DE TEOLOGÍA

Beato Narciso Estenaga

⁵⁸ De momento es lógico que los mismos partidarios del estado laico, comprendan la necesidad de respetar la objeción de conciencia, pero, puesto que por el formalismo jurídico la objeción podría multiplicarse y hacer inviable un orden jurídico, se hace preciso regularla. Y aquí viene el problema: ¿se admite la objeción de un funcionario que se niegue a formalizar uniones entre homosexuales? ¿Se admitirá la de los sanitarios que se nieguen a colaborar en el aborto cuando este sea declarado un derecho? ¿Se reconocerá el derecho de los padres ante la orientación ética de más de una asignatura, incluso el derecho a objetar contra la enseñanza estatalizada por esa orientación global? El problema de un estado laico, sin reconocimiento público del hecho religioso, es que el grupo que se imponga electoralmente, dado que el ejecutivo domina al poder legislativo (¿y al judicial?) y controla medios de difusión y ejercicio de la enseñanza, está en condiciones de imponer una orientación ética a la totalidad de los ciudadanos.

de forma o de legislador adecuado, nunca por inmoral⁵⁹. Nada más. ¿No es esto el triunfo de la especie y la regresión a tiempos ancestrales con toda la tecnología y pacto social que se quiera?⁶⁰

El hombre resultante de esta desamortización de la vida íntima es un ser vacío de convicciones y de valores. Si funciona el sistema educativo (conductual y constructivista), será un ciudadano respetuoso con las normas democráticamente dadas, formalmente educado, no fumador, capaz de reciclar por separado los plásticos y el papel, sin conflictos internos (sin conciencia perturbadora) y sin conflictos externos (espejo y copia del ambiente). Puede aparecer como una persona pacífica, no dada a crear conflictos ni a tensionar la sociedad: suavidad de formas, carencia de convicciones o silencio sobre las mismas, apertura a todas las demandas sin condiciones previas: *homo tolerans*⁶¹. Quizá haya una convicción en este tipo humano: que todo está sujeto a un diálogo sin premisas; ser sujeto es ser espejo que refleja las demandas y convicciones sociales. Este tipo humano, con grandes habilidades sociales por otro lado y con un cierto don de compadecer empáticamente, me recuerda un cuento de Ray Bradbury recogido en su obra *Crónicas Marcianas*. El cuento se titula “El marciano” y relata la historia de un extraño visitante que toma, sucesivamente, las identidades y formas de personas que otros echan de menos: consuela a padres que han perdido un hijo tomando la apariencia de ese hijo muerto, o a maridos que han perdido a su esposa apareciendo como esta. Un transformista o camaleón emocional. Al final, la decepción de todos los “consolados” le destruye; todos se han sentido engañados por una falsa empatía, por un engaño camaleónico. ¿Es este el modelo del ciudadano a que apunta la lógica del

⁵⁹ El magistrado queda legitimado por la formalidad, no por el fondo de justicia. Leyes y más leyes: todo se judicializará y la vida judicial se convertirá en una enorme oficina kafkiana. Se terminó el “*rex erit qui recte faciet; qui non faciet, non erit*”... Habría que estudiar si hay vínculos directos entre la corrupción política y el formalismo legal.

⁶⁰ Insistimos en que, reconociendo el valor del planteamiento de G. Pin, no percibimos, al menos en el libro que venimos citando, una defensa de la singularidad del individuo tan clara y fuerte como la que hace de la singularidad de la humanidad en su conjunto. Ciertamente en varios pasajes se alude a ello y se fundamenta incluso (el dolor, la conciencia, la palabra), pero habría, a mi juicio, que fundar la singularidad de la especie humana en la singularidad previa de cada ser humano; esto es lo que la hace singular y discontinua con los escalones animales anteriores. Ahora bien: ¿se puede mantener en serio la singularidad de cada individuo humano con contar con esa realidad que hemos llamado tradicionalmente “alma”? ¿Y se puede contar con ella sin dejar abierta la puerta a la creación? Dicho de otra manera: si la evolución es emergencia desde algo, ¿cómo explicar el “alguien” que es el resultado singular de ese camino? Sólo desde alguien se puede llegar a alguien, y sólo de alguien se puede predicar la singularidad en sentido fuerte. Por otro lado, el mismo G. Pin, enfrenta la virtualidad del ciborg con la realidad real de la muerte y hace un canto de alabanza a la *andreia* de los griegos, al valor de mirar cara a cara a la muerte y aceptarla con dignidad. ¿Es suficiente esta *andreia*, o más bien resulta un gesto grandilocuente y teatral? Curiosamente, la *andreia* de Sócrates es inseparable del descubrimiento del alma y su inmortalidad; afronta la muerte no desde el valor ciego, sino desde la convicción racional de la inmortalidad del alma. Esa inmortalidad, sea del alma, sea en la fama, es lo que hace, hasta cierto punto, que la *andreia* griega sea humana y sensata. Conciencia subjetiva, singularidad de cada individuo, inmortalidad o alma, ¿son realidades separables en la reflexión humana?

⁶¹ No tanto en su sentido etimológico positivo —el que carga o sobrelleva o levanta un peso; como el titán Atlas que sostiene la tierra y cuyo nombre tiene que ver con esta etimología—, cuanto con un contenido semántico nuevo y más negativo o pasivo: el que se inhibe ante la conducta del otro o de los otros porque no es asunto suyo; el que se descarga de la carga que suponen los demás y los deja abandonados a su arbitrio.

estado laico? Si así fuera, dentro de este *homo tolerans* podría habitar una gran violencia destructora; se irritará cuando su poder de seducción fracase y no someta suavemente las voluntades ajenas; cuando alguien le diga simplemente: “no quiero”. No suele ser pacífica la reacción de los seductores ante el rechazo de sus “encantos” por parte de los posibles seducidos.

⑥ *El gran obstáculo para la última revolución es la Iglesia Católica, por su seriedad dogmática, por su solidez e independencia institucional, y por su influjo moral en millones de hombres.*

El conflicto del proyecto revolucionario con la Iglesia católica no es algo anecdótico ni de fácil solución. Exige en primer lugar una clarificación de conceptos y de posturas: confesar cada parte lo que realmente piensa y proyecta, sin ocultarse en ambigüedades para ir soltando según esté la sociedad “preparada”; desde esa honradez, cabe distinguir entre lo esencial y lo accesorio, lo que puede ser asumido por unos y otros sin renunciar a sus convicciones profundas y razonables. La Iglesia no disimula: la *confessio fidei* cristiana, el credo o conjunto de dogmas, es una afirmación incondicional de la intervención divina en la historia de los hombres. No se pretende imponer a nadie pero se exige respeto y posibilidad para presentarla públicamente. El cristianismo no nace como una escuela de opiniones, sino como el testimonio de un acontecimiento único, la resurrección de Jesús en lenguaje preciso y lo más unívoco posible; testimonio que se sostiene al precio de la vida porque se sabe verdadero y se proclama como tal. De ahí la confluencia histórica con la escuela socrática, apasionadamente coherente en la búsqueda de la verdad absoluta. Un cientifismo que trata de reducir la verdad a lo verificable evitando todo lo que atañe al sentido, a la realidad como tal, se ve limitado y estorbado en su camino por quienes enseñan que la vida tiene un antecedente personal, una voluntad anterior, una pauta real. Si el cientifismo transhumanista se convierte en la religión laica, una de dos: o la Iglesia se “moderniza” convirtiendo sus afirmaciones de verdad en símbolos para consolación y elevación de ánimo (con lo cual dejará de ser lo que es), o será expulsada de la plaza pública y del hogar. Salvo que los científicos se percaten de que el cientifismo es, a la larga, el suicidio de la verdadera ciencia y su sustitución por tecnología; salvo que las mujeres vean la maternidad no como obstáculo sino como gloria y misión realizadora; salvo que los políticos decidan ser solamente políticos y no mesías. En otro caso, del acoso será fácil pasar a la persecución⁶².

⁶² Una visión cristiana sobre la problemática que la revolución cultural abre en bioética, así como de la situación internacional, legislación, organismos, grupos de presión, etc., en Michel Schooyans, *El Evangelio frente al desorden mundial*, México 2001² con un prólogo muy orientativo del entonces Cardenal J. Ratzinger. Además, Eugenia Rocella y Lucetta Scaraffia, *Contra el cristianismo. La ONU y la UE como nueva ideología*, Madrid 2008. La información de la primera parte es exacta, amplia y, a la vez breve. Por último, un magnífico resumen en el artículo de Marguerite A.

Además: la seriedad del credo, la honradez con que el cristiano afirma la veracidad de la resurrección del Señor y de todo lo implícito en ella, es la base (presupuesto y exigencia) del programa de la “*libertas ecclesiae*”, reeditado en cada época contra gobernantes que pretendían hacer del Estado un dios sin apelación. O sea, rechazo frontal contra el estado totalitario, sea laicista, sea teocrático. El estado laicista excluyente —democrático en su forma, totalitario en su pretensión—, o sea, la nueva religión secular, no puede permitir la existencia de esta institución internacional equiparada en cierta forma a los estados y relativizadora de la autarquía jurídica de estos y de la endogamia consiguiente. La política es la nueva teocracia: educará a los hijos saltando a los padres, disolverá la familia como institución anterior a la misma política, convertirá la religión en actividad lúdica y en terapia social; se construirán ermitas civiles, se intentarán “sacramentos por lo civil”, la autoridad civil presidirá los actos religiosos del pueblo. Los poderes actuales dueños de los medios, silenciarán y acosarán a la Iglesia. ¿Ambas cosas? Sí. Por un lado la silencian ya: sus obras sociales, su presencia en la sociedad. Si hay un acto religioso público, sólo saldrá en los medios si están presentes en él gobernantes afines; lo religioso como tal (sacerdote, oración) no aparecerá. Por otro lado, están ya acosando: ofensas “artísticas” contra Jesús o la Virgen en exposiciones subvencionadas, ataque sistemático contra los obispos y sus intervenciones públicas, denuncias amplificadas de conflictos con padres de niños que pretenden comulgar sin deber, o de homosexuales o divorciados que desean ser dirigentes de entidades cristianas, etc.

⑦ *El difícil diálogo a que obliga esta situación revolucionaria, divide a los cristianos entre quienes subrayan la necesidad de denunciar y quienes desean una colaboración crítica con esta corriente.*

Si esto es así, si todo lo que venimos describiendo es real, ¿cómo es posible que un sector no pequeño de católicos se enfrente a los obispos y manifieste públicamente su disenso acogiendo, en parte o en todo, las tesis de la revolución cultural? Es una pregunta con respuesta difícil por compleja. Hay motivaciones muy variadas, distintamente calificables y diversamente influyentes.

* Hay un primer motivo que puede ser positivo si no se extrapola: la valoración de lo secular que *Gaudium et Spes* ha confirmado en la conciencia de los cristianos. La autonomía del mundo, de las causas segundas, de la política, economía, etc., hace que cualquier reivindicación de espacio social por parte de la Iglesia sea mirada con desconfianza, como sospechosa de

regresión al clericalismo, o como intromisión y búsqueda de privilegios y de poder secular. Confesemos que el clericalismo siempre es una amenaza para la misma Iglesia, y que es preciso vigilar y corregir sus apuntes. Pero no toda presencia pública supone clericalismo.

* Un segundo motivo podría ser el deslizamiento casi absoluto del juicio moral hacia el terreno social, dejando sin cobertura la intimidad afectivo-sexual. Quizá por el excesivo puritanismo anterior (mayor en los ilustrados que en los creyentes), los pecados sexuales han desaparecido de muchas conciencias pretendidamente cristianas; no es asunto que ofenda a Dios mientras no violente o perjudique a otro, se piensa. A Dios le importa y le duele el hambre, la injusticia, la opresión; no la vida íntima de sus hijos. Exagerando y caricaturizando y sacando de su contexto las viejas represiones, se piensa que por fin el cristianismo ha superado el odio al cuerpo, que la religión dolorista (cruz) ha dado el paso a la de la felicidad terrenal. En caso contrario, se mira a la Iglesia como enemiga de la felicidad.

* Muy en relación con el anterior, podría haber un motivo más ideológico: una adhesión con pasión casi religiosa (más que política), por parte de algunos cristianos, a partidos de izquierda. Una confusa “opción por los pobres”, el rechazo global del capitalismo como opuesto al evangelio, el terror a la alianza con las tendencias conservadoras de la sociedad, pueden derivar a reacciones demonizadoras contra los obispos o el Papa cuando estos se pronuncian contra las tesis culturales que el izquierdismo actual ha fundido indisolublemente con su mensaje tradicional de igualdad económica. Esa adhesión casi religiosa al partido tensiona al individuo entre dos pertenencias simétricas. Y el dolor íntimo del alma dividida entre dos amores les empuja, en ocasiones, a culpar a los pastores de los problemas de conciencia que les crea el partido.

* Finalmente, la presión social contra el catolicismo, en ocasiones muy fuerte y difícil de asumir por quien tiene debilitadas sus convicciones y no sabe dar razones de su esperanza. Manifestarse católico, en plena comunión afectiva con el episcopado, es verse excluido de los círculos de influencia, verse excomulgado de la nueva sociedad en ciernes. En ambientes de trabajo, incluso en el seno de muchas familias, se aísla o se ataca con dureza a quienes se atreven a manifestarse como católicos sin apellidos ni matices. Es duro, y se comprende el ocultamiento de muchos cristianos, así como se agradece el valor de otros muchos.

Con sumo respeto a la conciencia de estos cristianos y a los valores reales que estén en el fondo de su postura, hay que decir con toda claridad que la aceptación de un multiculturalismo religioso con la renuncia a la misión, o de un laicismo dentro del cual cada religión fuera un “nicho simbólico” o de sentido para la vida privada de quienes la eligieran como tal, supondría la negación absoluta de la fe cristiana y de la espera activa del Reino de Dios en Jesucristo que la caracteriza. También sería una actitud contraria al Decreto sobre la Libertad Religiosa del Concilio, pues este proclama el derecho a elegir y practicar la religión con toda libertad, pero no declara a todas iguales ni cae en irenismo alguno.

Esta censura y parálisis de la misión no es aceptable para el cristianismo, pero tampoco para ninguna religión con pretensión de verdad. Precisamente, y no al contrario, es en un régimen de misión donde no caben cristianos por libre, teólogos de apellidos, ni grupos marginales en conflicto con la jerarquía. La Iglesia, apoyada únicamente en la Palabra y no en otros poderes, ha de tener la unidad como valor máximo y esta unidad ha de concretarse en adhesión a la confesión de la fe tradicional, reconocimiento leal de la función del Magisterio, y comunión en los sacramentos tal cual la Iglesia los celebra.

Actualmente el punto de encuentro o desencuentro en terreno de confesión y magisterio es el asunto de la “ideología de género”, o sea, del sentido de la sexualidad⁶³. Exige una claridad en lo doctrinal que podría llegar a la definición dogmática de verdades que lo son de siempre y que ya están cercanas a esa definición: diferencia constitutiva entre varón y mujer como esencial al ser humano, vinculación intrínseca entre sexualidad y procreación, dignidad humana del embrión, etc. Pero, al tiempo de esa claridad doctrinal, y en la misma medida, es preciso progresar en el respeto a la persona: hemos de reconocer con vergüenza y arrepentimiento tantos fariseísmos consentidos, tantos rechazos faltos de caridad, tantos ocultamientos de situaciones de pecado en los sectores más íntimos de la Iglesia. Redescubrir el sacramento del perdón con toda su grandeza y seriedad, aceptar la confiada esperanza de llegar a la santidad a pesar de situaciones pecaminosas, pronunciar con respeto y seriedad la grandeza de la virginidad y de la relación personal más allá de la genitalidad, rehacer la familia desde la mujer liberada y el varón maduro, son tareas que forman parte de la defensa de la verdad.

No es fácil pronosticar el modo como la Iglesia deberá afrontar este enorme y gravísimo desafío⁶⁴. El Libro de los Hechos de los Apóstoles nos transmite la convicción primera de que la misión no nació de la planificación sino de la acción —¡cuántas veces inesperada o contraria a lo esperado— del Espíritu Santo⁶⁵.

⁶³ El desencuentro cultural comenzó justamente en 1968, cuando frente a la libertad sexual proclamada por la Revolución, Pablo VI reafirma con autoridad magisterial la vinculación intrínseca entre sexualidad y procreación. En la *Humanae Vitae* está el punto clave para situarse. Estudiar esta encíclica en el marco actual y ver las consecuencias de la aceptación o rechazo de sus tesis es esencial. Recuérdese que uno de los debates que abrió su publicación fue el de la ley natural que la misma aducía; desde muchos sectores se rechazó ese “naturalismo” que creían sobrepasado por la modernidad.

⁶⁴ Mantener el reconocimiento actual de su estatuto internacional parece ofrecer, de momento, menos dificultades que sobrevivir con voz pública dentro del estado laicista. Se abre un proceso complejo, tanto en terreno de la teoría como en el del estatuto jurídico y el reconocimiento práctico. Diversas iniciativas y propuestas tratan de matizar el término “laicismo” y su contenido: laicismo positivo, no excluyente, etc. De todos modos, a nuestro juicio, el problema radical del laicismo es su iuspositivismo subyacente, su configuración mediante un consenso al margen de valores trascendentes que se imponen a la conciencia. Ese iuspositivismo es el candado que impide el acceso a la vida pública de los grupos sociales que nacen de la trascendencia y desean su influjo en la convivencia.

⁶⁵ En efecto, el mandato primero del Señor es una negativa al proyecto y una invitación a la espera y a la misión (1,6-8); cuando los apóstoles predicán con una “parresía” apoyada en la oración y en la caridad, e instan a los jefes de Israel a reconocer su error en el juicio de Jesús, la conversión de los helenistas y su posterior dispersión con el martirio de Esteban (6-8), abren inopinadamente la puerta a los gentiles (9-10). Pedro y Pablo son arrastrados a esa misión, uno por

V. “VENGA TU REINO”

① *La mayoría de edad de la Humanidad proclamada por la Ilustración y reconocida por el Concilio Vaticano II, pide una mayor conciencia e intensidad en el deseo y espera del Reino de Dios en Jesucristo.*

En su escrito *¿Qué es la Ilustración?*, E. Kant responde a su pregunta: «La ilustración es la salida del hombre de su minoría de edad. El mismo es culpable de ella. La minoría de edad estriba en la incapacidad de servirse del propio entendimiento, sin la dirección de otro. Uno mismo es culpable de esta minoría de edad cuando la causa de ella no yace en un defecto del entendimiento, sino en la falta de decisión y ánimo para servirse con independencia de él, sin la conducción de otro. *¡Sapere aude!* ¡Ten valor de servirte de tu propio entendimiento! He aquí la divisa de la ilustración».

La Declaración sobre Libertad Religiosa del Vaticano II (*Dignitatis Humanae*), de algún modo supone, por parte de la Iglesia, la superación del llamado “régimen de cristiandad”, o sea, de la organización social donde pertenencia civil y confesión religiosa son coincidentes⁶⁶. No fue uno de los grandes documentos y, sin embargo, provocó el airado rechazo del arzobispo Lefebvre y otros afines, y dio

la evidencia de la presencia del Espíritu en la familia de Cornelio, otro por la visión del Señor. El nombramiento de un nuevo rey (Agripa I), nieto de Herodes el Grande, educado en Roma como un hábil y afortunado superviviente y extrañamente converso a su fe, desata la persecución y deja “sólo” a Pedro, que ha de emigrar hasta llegar a Roma. La convicción del autor de los Hechos, bien narrada a lo largo del libro, es que el protagonista primero de la misión es el Espíritu Santo. La actual mentalidad empresarial, aplicada con demasiada facilidad a la vida de la Iglesia puede bordear peligrosamente esta fe inicial y permanente. No serán las estrategias ni los pactos de poder los que abran el camino a un nuevo modo de presencia pública del Evangelio.

⁶⁶ El número primero de la citada Declaración es una visión del mundo actual que reconoce explícitamente esa mayoría de edad: «Los hombres de nuestro tiempo se hacen cada vez más conscientes de la dignidad de la persona humana, y aumenta el número de aquellos que exigen que los hombres en su actuación gocen y usen del propio criterio y libertad responsables, guiados por la conciencia del deber y no movidos por la coacción. Piden igualmente la delimitación jurídica del poder público, para que la amplitud de la justa libertad tanto de la persona como de las asociaciones no se restrinja demasiado. Esta exigencia de libertad en la sociedad humana se refiere sobre todo a los bienes del espíritu humano, principalmente a aquellos que pertenecen al libre ejercicio de la religión en la sociedad. Secundando con diligencia estos anhelos de los espíritus y proponiéndose declarar cuán conformes son con la verdad y con la justicia, este Concilio Vaticano estudia la sagrada tradición y la doctrina de la Iglesia, de las cuales saca a la luz cosas nuevas, de acuerdo siempre con las antiguas».

origen al cisma de sus seguidores con relación al Romano Pontífice⁶⁷. ¿Tanta importancia tenía? Sí, y mucha más. El reconocimiento de la libertad religiosa frente a los poderes públicos, suponía por parte de la Iglesia Católica la renuncia oficial a cualquier medio de presión para mantener la pertenencia de sus fieles.

El fin de la cristiandad es, en realidad, una recuperación de la situación social de espera del Reino y de la misión consiguiente. La Iglesia, sin duda impulsada por el Espíritu Santo, “ha invernado” hasta cierto punto, no la confesión del Reino pero sí la intensidad vital de la espera. Se ha asentado en este mundo y ha trabajado por su humanización y apertura a la fe, defendiendo pastoralmente los territorios evangelizados y saliendo misioneramente más allá de sus fronteras. Bajo términos como “nueva evangelización”, difíciles de definir cuando se trata de ver en qué consiste esa novedad, el Espíritu Santo pone este anhelo de entrar en otra Hora de la historia de la salvación. Quizá uno de los aspectos de esa “novedad” resida en dirigirse a un hombre mayor de edad y hacerle la oferta de la fe en términos que respeten esa mayoría y esa dignidad; y si la Iglesia ha sido conducida a reconocer esa madurez, es que Dios ve las mieses ya en sazón y cercanas a la siega.

② *El sufrimiento propio de la Hora, empuja a la Iglesia a pedir al Padre, con una intensidad nueva, que no la abandone en la Prueba escatológica.*

La última petición del Padrenuestro, como todo su contenido anterior, tiene tonalidad escatológica. Es la oración propia de quienes son testigos activos del cambio definitivo y sufren el hundimiento de la figura actual de este mundo. Es la oración de quienes esperan y proclaman la llegada del Reino. El término “tentación” (*peirasmos*) no se refiere, en ese contexto, tanto a la concupiscencia, cuanto a la peligrosidad de la Hora, cuando el Mal despliegue toda su intensidad y el discípulo sea atacado en el centro de su esperanza; tentación a apostatar ante la aparente victoria del mal sobre el bien. Es la Hora

INSTITUTO DIOCESANO DE TEOLOGÍA
Beato Narciso Estenaga

⁶⁷ El debate, apasionado y muy tenso, se prolongó durante las cuatro sesiones del Concilio. La oposición del sector conservador fue abierta y testaruda, como también la insistencia del sector contrario. El proyecto, originario del Secretariado para la Unión de los Cristianos (Cardenal Bea), estuvo un tiempo en el Decreto de Ecumenismo. Pasó varias veces por la Comisión Teológica Internacional, se hicieron otras comisiones (Mixta...), se pidió al Papa con numerosas firmas su intervención en un sentido o en el contrario (que se votara, que no se votara...). En realidad se estaba discutiendo el modo de situarse la Iglesia y el Evangelio frente al Estado moderno, el derecho del error a ser protegido legalmente, la libertad total de elegir credo o de rechazar toda creencia sin intervención del Estado o de la legislación en ese acto personal. No es extraño el interés de los obispos norteamericanos, que en alguna ocasión proclamaron que gracias a esa libertad en EE. UU. eran ya más de cuarenta millones los católicos; como tampoco era extraña la oposición de los obispos del sur de Europa desde su experiencia de un Estado interventor y con tendencias totalitarias; también se explica que una mayoría de obispos españoles (no todos) simpatizaran con las tesis de la minoría; al fin y al cabo España vivía el régimen de cristiandad más puro de la época.

del abandono aparente por parte de Dios, del triunfo momentáneo del Maligno. La fuerza del Mal roba la alegría, el gozo del corazón del creyente, que ahora piensa haber creído en vano. Si la revolución que hemos descrito es real, estamos, ciertamente, “cruzando el umbral de la esperanza”. La tentación contra la esperanza se traduce en dos posibles posturas, ambas rechazables desde la sensatez cristiana:

Una, la “guerra santa”, la separación, odio y condena absoluta de los “malos” y el deseo de su destrucción. Odiar a los que nos parece que promueven ese “reino invertido” es, en realidad, una derrota del *ethos* cristiano, una pérdida de la esperanza: esperanza en su conversión, que será la victoria real y definitiva de Dios sobre ellos. *Gaudium et Spes*, la gran constitución pastoral del Vaticano II, con su declaración de amor a este mundo, a sus afanes diarios, es como un adelantarse el Señor a esta tentación; en ella la Iglesia es curada en salud antes de la enfermedad; el Señor sabe que va a ser tentada a la violencia contra la violencia del Mal. Las guerras apocalípticas nada tienen que ver con la fe en el Reino; hasta como lenguaje figurado hay que tener cuidado. Ya han terminado las cruzadas; es hora de la Cruz.

La otra cara de la desesperanza es la “adaptación” del Evangelio a la victoria de la revolución. Si no se puede ya confesar la fe porque la ciencia la deslegitima, si no cabe una Iglesia en la esfera pública, si la revolución sexual es irreversible, si la búsqueda de “calidad de vida” sobre todas las cosas es inevitable, aceptemos la situación y tratemos de salvar valores como justicia, solidaridad, libertad, etc. Un cristianismo sin Cristo e, incluso, sin Dios, ya ha sido propuesto doctrinalmente, y en práctica, asimilado por muchos. El evangelio de Jesucristo se ha quedado en el pasado y sólo tiene vigencia como conjunto de símbolos estimulantes, como lenguaje metafórico propio de los sentimientos íntimos. Proclamar la confesión de fe con toda su verdad, invitar a la petición de perdón por el pecado, oponerse a la inmoralidad, sería para estos volver a una pretendida edad oscura regida por obispos fundamentalistas, etc., etc.,

La esperanza es la clave del momento porque hace posible la fe real (la de siempre) y mantiene la caridad activa y universal (sobre buenos y malos). La esperanza es sensatez confiada: el cristiano sabe que muchos tifones se quedaron luego en tormentas tropicales. ¿No parecía irreversible el marxismo? ¿Cuántas veces oímos por aquel entonces que la Iglesia “había perdido el tren de la historia”? Jonás debe predicar en Nínive hoy también: ¿quién sabe si ante una palabra razonable muchos se conviertan y el mal no llegue a fraguar? En el peor de los casos, la victoria del mal no será más que un momento que hará más brillante el triunfo definitivo del Señor.

Jesús reconoce en Mc 13, 32 que ni los ángeles ni él mismo conocen el día y la hora; sólo al Padre pertenece esa decisión. Y, sin embargo, en 2 Pe 3, cuando el autor se remite a Dios para calmar la impaciencia de los creyentes, dice algo que rompe aparentemente ese protagonismo absoluto: «Puesto que todas estas cosas han de disolverse así, ¿cómo conviene que seáis en vuestra santa conducta y en la

piEDAD, **esperando y acelerando** la venida del Día de Dios...» (v. 11-12). El protagonismo absoluto de Dios pide una actitud de espera fiel y santa; pero ahora se añade otro término: “acelerando”. ¿Piensa el autor que esa conducta santa puede acelerar la llegada de la plenitud del Reino?

La Hora de Dios es, también, la Hora de la libertad humana como respuesta a la encarnación, muerte y resurrección de Jesucristo: Dios no intervendrá violentando la historia de la libertad humana sino entrando delicada y respetuosamente en ella, hasta ser acogido por gratitud y con amor. Mientras un sector representativo (¡Él sabe!) de la misma humanidad no grite desde el fondo del alma y consciente de lo que hace, ese “venga tu Reino”, la hora no habrá llegado. Pero cuando el hombre haya desplegado su ser y su esfuerzo humanizador en una historia llena de contradicciones, desengañado de los ídolos y de la autosalvación, invoque el Nombre de Jesús pronunciado en la eternidad y en nuestra historia por el Padre, seguramente Dios señalará esa hora como definitiva y final.

③ *María y los pobres, las dos claves para pedir, esperar y acelerar la llegada del Reino asumiendo todo lo positivo de la historia humana.*

Fueron dos instantes intensísimos del Vaticano II. La respuesta clamorosa de los Padres ante el discurso del Cardenal Lercaro sobre la Iglesia de los pobres, y la proclamación por Pablo VI de María como Madre de la Iglesia. En ambos podemos leer claves y actitudes de la espera activa del Reinado de Dios.

“De ellos es el Reino de los Cielos”: Cuando los pobres de la tierra perciban su dignidad de hijos de Dios en Jesucristo, y perdonen al mundo su injusticia estructural, y colaboren a crear pacíficamente un orden más justo; cuando los creyentes reciban a los pobres como hermanos, y renuncien a su calidad de vida con tal de no dejar a aquellos en el infierno del hambre y de la indignidad, entonces el Reinado de Dios estará muy cerca. La tentación demoníaca de hacer el reino del hombre eliminando a Dios, se apoya en gritos legítimos que piden justicia y claman al mundo. El cristiano ha de valorar los esfuerzos de todos los hombres por hacer avanzar la igualdad y la dignidad. Rechazar la tentación no es demonizar la ciencia sino sacarla del abismo de intereses bastardos a que el dinero la tiene sometida; no es descuidar el proceso de liberación de la mujer, sino integrarlo en un proceso de liberación de varón y mujer frente a frente; no es defender una cristiandad ya superada, sino depositar en el Estado la tarea de crear un espacio de convivencia y colaboración entre los grupos sociales internos y externos a él. ¿No será la crisis global (no sólo económica) que está comenzando, una gran ocasión para replantear el sistema de vida del mundo actual desde sus raíces?

“Hágase en mí según tu palabra”: María es la representante de la Humanidad que, acogiendo a Jesús en su seno, acoge el Reino de Dios en la hondura de sus entrañas. No basta con que la humanidad (la Iglesia en ella) pida el Reino; es preciso que lo acoja en sus “entrañas”, en su sustrato emocional, como

pasión de amor por Dios. El “hágase” (*fiat*) de María es eco y recuerdo del “hágase” del Creador; este último silenció su palabra cuando creó la libertad, y esperó, durante un interminable sábado, la plenitud de la acogida sembrada en Israel y orada por los *asídeos* o *anawin*. La nueva creación incoada en el cuerpo del Señor es fruto de la palabra divina (“Hágase”) y de la palabra humana de María (“hágase”), un dúo desigual pero armónico del que se deriva la nueva vida de la humanidad.

La virginidad de María y el celibato correlativo de su esposo José nos revelan un nuevo modo de ser mujer y varón, un modo de relación en el predominio de lo personal, de lo gratuito. Una auténtica y verdadera superación de la “naturaleza” (macho-hembra, sumisión y violencia) sin romper con la creaturalidad, antes bien, obedeciendo el designio del Creador de hacer al hombre a imagen del Hijo y de encarnar a este en la Humanidad. Ese modo ha de traducirse en nuevas relaciones humanas y familiares: madres “vírgenes” que no se apropien del fruto de sus entrañas, padres varones pero no dominantes ni patriarcales. Será posible en la pobreza: la misma virginidad, la castidad seria y madura, están negadas a un mundo de consumo, de sensualidad por encima de la dignidad de la persona. María acompaña a la Iglesia en esta Hora y sostiene la esperanza del Nuevo Israel con su cántico de alabanza y de gratitud.